

El chico del chubasquero AMARILLO

SWEET MELIBEA



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Sweet Melibea©, El chico del chubasquero amarillo

Diseño de portada: Melibea Ramos

Maquetación: Melibea Ramos

A mi hijo, para que lo lea cuando sea mayor.

1. Nuevo hogar

—Es perfecta, sí —estuvo de acuerdo Alice. Edward, su futuro marido, le sonrió y con un asentimiento de cabeza le dio luz verde al agente de la inmobiliaria para preparar todo el papeleo que conllevaba la compraventa del inmueble en el que vivirían una vez estuvieran casados.

Llevaban varios años viviendo juntos y, en ese momento, habían decidido dar el paso de contraer matrimonio, por lo que Edward quiso comprar una casa para los dos.

Alice no estuvo muy de acuerdo al principio, pero, ¿quién era ella para decirle a Edward en qué gastar su dinero?

De todas maneras, si no la compraba su futuro esposo, sería su padre quien pagase la vivienda como regalo de bodas.

Joe Evans, el padre de Alice, era uno de los dueños de uno de los hoteles más prestigiosos y emblemáticos de Queens, Nueva York; el otro, era Edward, su prometido.

Pero Alice, queriendo permanecer ajena a todo el mundo hotelero en el que tanto su padre como su futuro esposo estaban metidos, decidió ser una mujer emprendedora y cumplir su sueño: ser diseñadora de moda.

Así que, mientras su padre y su prometido se podían en dinero, ella hacía cada vez un poquito más grande su pequeño imperio de sujetadores, ropa de cama, braguitas y demás ropa interior.

Había creado su propia línea de ropa interior y la vendía en su página web, si bien, no se libraba de los actos sociales a los que tenía que asistir relacionados con el hotel que dirigía su familia.

—Te dije que era perfecta, mi vida —le dijo Edward dándole un cariñoso beso en la sien.

Alice sonrió.

Aquella casa era bonita, muy bonita, y a ella le gustaba.

Volvió a sonreír de nuevo y dejó a Edward terminando de cerrar el asunto del contrato y demás cosas que, a Alice, en ese momento, no le importaban demasiado.

Ella estaba bien en su antigua casa, pero Edward había insistido en comprar una más grande.

Miró su teléfono móvil y observó que tenía un mensaje de su mejor amiga Pippa, le preguntaba acerca de la visita a su nuevo hogar de casada.

Alice no le contestó y la llamó directamente.

—¿Pippa?

—Hola, Alice —le contestó su amiga al otro lado de la línea. —¿Qué tal ha ido?

—Es muy bonita —le contestó al tiempo que sonreía.

—¿Sí? Me alegro infinito, amiga.

En ese momento, Edward se acercó a ella, pues Alice se había alejado para poder hablar con Pippa.

—Me marcho, tengo cosas que hacer en el hotel —le dijo.

—Pippa, espera un segundo —le pidió al tiempo que alejaba el aparato de su oído. —¿Te vas? Pero dijimos que, de firmar, que era lo más seguro, empezaremos hoy mismo a empaquetar cosas... —se dirigió a Edward.

—Lo sé, cielo, pero el trabajo es el trabajo.

—¿Y el menú de la boda? ¡Hemos quedado con uno de los restaurantes!

—Lo siento, cariño, tendrás que ir sola.

Alice asintió, resignada.

Faltaban tres meses para el enlace y todavía quedaban mil cosas por hacer y de las que preocuparse, pero Edward siempre tenía trabajo que atender, pues su trabajo era lo primero en su vida.

—¿Alice? ¿Estás ahí? —le preguntó Pippa al otro lado del teléfono.

—Sí, lo siento... es que me estaba despidiendo de Edward.

—¿Despidiendo? ¿Hoy no ibais a ir al restaurante?

—Tú lo has dicho... íbamos... supongo que me tocará ir a mi sola.

—Oh, vaya. ¿Quieres que te acompañe?

—¿Lo harías?

—¡Claro! Además, alguien tendrá que probar los platos que lleven carne... ese alimento del infierno que tú no comes.

2. Agua de lluvia

Alice colgó poco tiempo después, dando gracias al cielo por tener una amiga como Pippa, se despidió del agente inmobiliario con el que había cerrado el trato su prometido y salió de aquella casa majestuosa.

Pues sí que empezaba bien su lunes... se había cogido prácticamente todo el día libre en el trabajo para poder hacer todo aquello junto a Edward, pero él siempre anteponía cualquier cosa, sobre todo si se trataba de trabajo, a ella.

¿Acaso no se acordaba de que era vegetariana?

Dio gracias en aquel momento al cosmos por trabajar por cuenta propia y no tener que depender de Edward económicamente. Si algún día se separaban no se quedaría con una mano delante y otras detrás, no quedándole más remedio que recurrir a su padre.

Pronto se quitó ese pensamiento de la cabeza, no podía estar pensando en dejar a Edward cuando estaban a punto de casarse.

Todavía era pronto para acudir al restaurante a degustar distintos platos entre los que elegir para el menú de la boda, en caso de que le gustase el establecimiento, así que decidió ir hasta allí andando para hacer tiempo. También debía esperar a Pippa.

A un ritmo tranquilo, caminó hacia el restaurante, observando las calles de cada vecindario, como también a las personas que, como ella, caminaban por allí y habiéndole ya mandado la dirección del restaurante a Pippa en un mensaje.

Estaba tranquila, incluso invadiéndola el malestar que le había causado el hecho de que Edward se hubiera marchado; no obstante, Alice estaba algo cansada de aquellas situaciones.

Edward solía desentenderse de muchas cosas que para Alice eran importantes, como cuando decidió ser emprendedora y montar su propio taller en un pequeño local de Queens en el que elaborar y diseñar su línea de ropa interior. Edward decidió estar muy ocupado para ayudarla a elegir los materiales y transportarlos hacia allí, como la máquina de coser, el maniquí y las herramientas de patronaje.

—Si todo esto te entretiene, querida, adelante —le dijo cuando le comentó la idea.

Alice siempre se había sentido atraída por ese mundo, le encantaba ojear las revistas de moda una y otra vez hasta sabérselas de memoria, tenía varios cursos sobre patronaje con los que rellenar su currículum, el cual estaba provisto de varios años de experiencia en sastrerías del condado. ¡Incluso estaba diseñando ella misma su propio vestido de novia!

Cómo le había dolido que Edward viese aquello que le había dado de comer desde que se independizó como un entretenimiento.

Y como eso, mil cosas que Alice siempre se callaba y le quitaba importancia después de llorar un rato. Quizá era exagerada y no era para tanto.

No iba a romper su noviazgo con el socio de su padre y, tampoco su compromiso, por aquellas cosas.

Pero que ni siquiera se preocupase de algunos detalles de la boda cuando era él el que se lo había pedido...

¿Estaba segura de casarse con él?

No quería pensarlo porque, de lo que sí estaba totalmente segura, era de que si se paraba a hacerlo, quizá no las tendría todas con ella de seguir adelante con todo aquello. Y no podía hacer eso.

Siguió caminando hasta que llegó al restaurante abrazándose los brazos a sí misma. El tiempo estaba loco, hacía un sol radiante apenas dos horas antes, y en ese momento se había nublado el cielo y soplaba un viento frío que ponía la piel de gallina.

Genial, no llevaba paraguas, esperaba que no empezase a llover.

Entró dentro del restaurante y buscó con la mirada a alguien a quien pudiese

decirle quién era y a qué venía.

—Buenos días, señorita —se acercó a ella un camarero con uniforme.

—Hola, soy Alice Evans y tenía una cita para degustar distintos menús.

—¿Alice Evans?

—Sí. Es para mi compromiso de boda, mi prometido habló con el dueño.

—Ah, claro, sí, Edward.

—En efecto.

—Acompañeme.

El camarero la condujo hasta una mesa apartada en un coqueto y romántico rincón del restaurante, la cual estaba provista de dos sillas.

—Enseguida traeré las cartas.

—Estupendo —dijo ella forzando una sonrisa y tomando asiento.

No le apetecía en absoluto estar haciendo aquello sin Edward, pero tenía que resignarse, debían elegir ya el menú y, al menos eso, dejarlo cerrado.

Le consolaba que Pippa no tardaría en llegar.

—¿Esperamos a su marido? —le preguntó el camarero tras dejar las cartas con toda la variedad de platos del restaurante sobre la mesa.

—Oh, no, él no podrá acudir, no tardará en llegar una amiga, gracias.

El camarero asintió y Alice cogió una de las cartas.

Pippa no tardó en llegar y, después de meditar durante un rato, y en lo que se bebían una copa de vino, qué podrían pedir para degustar, se decidieron por lo primero que les entró por los ojos. Ya que pensaron que, si Edward no se esforzaba en aquello, Alice tampoco. ¿Para qué estar probando mil cosas y devanarse los sesos en elegir un menú con los mejores platos si a Edward le daba completamente lo mismo?

Tanto Pippa como Alice se hincharon a probar platos y más platos con diferentes recetas entre risas y copas de vino. Al menos Alice había pasado un buen rato. Lamentablemente, cuando llegó el momento de los postres, Pippa tuvo que marcharse, no sin antes aconsejarle qué platos que llevaban carne pedir para el menú.

Cuando Alice terminó de probar distintos postres un rato después y tenía más o menos claro lo que quería decirle al dueño del establecimiento, pidió a uno de los camareros que lo llamara para poder hablar con él personalmente.

—Todo estaba delicioso —le confesó Alice.

—Me alegro mucho, señorita Brown —le contestó el hombre.

—Evans —lo cortó Alice. —Todavía me apellido Evans —añadió, esta vez más dulce para no parecer grosera.

—Claro, por supuesto, señorita Evans. ¿Entonces querrá celebrar el banquete de su boda en nuestro restaurante?

—Sí, sí, está decidido. Quiero estos entrantes, estos platos principales, el vino más caro que tenga y estos pastelillos como postre —le dijo rápidamente señalando la carta de platos.

—Muy bien —le contestó el dueño del establecimiento, sorprendido.

—La tarta nupcial...

—La tarta nupcial me la trae al paio, ¿sabe usted? Todo esto lo pagará mi marido y a él le da igual qué menú pongamos, así que...

El dueño del restaurante abrió mucho los ojos debido a la sorpresa ante las palabras de Alice.

—Pero...

—Pero nada. ¿Ustedes se encargan de la tarta? ¿Tienen algún servicio alternativo en el que puedan encargarse o tengo yo que ponerme en contacto con alguna pastelería y bla, bla, bla?

—Nosotros podríamos hacernos cargo de la tarta nupcial, sí.

—¡Perfecto! —exclamó Alice. —Háganse cargo, pues.

El hombre asintió.

—¿Cuántos pisos quiere en la tarta?

—Mmm. —Alice se golpeó la barbilla con el dedo índice, simulando pensar, aunque en realidad estaba un poco perjudicada con el vino, pues se había tomado un par de copas de más —de ahí su comportamiento—, y le daba igual cuántos pisos tuviera la tarta.

Aquellas copitas de vino le habían subido el ánimo y le habían abierto un poco los ojos. Ya tenía claro que su matrimonio, lejos de ser el de unos jovencitos enamorados y con toda la vida por delante para formar una bonita familia, era un matrimonio por conveniencia. El hotel lo era todo para su familia y, cómo no, también para Edward.

Alice hacía tiempo que se había desembarazado de ese estúpido enamoramiento que sienten las mujeres en los meses próximos a la boda.

—Tres pisos —dijo al fin.

—Tres pisos... —apuntó el hombre.

—¡No! Cinco, cinco pisos mejor.

—¿Cinco?

—Cinco. Y bien de chocolate y nata. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Oh, discúlpeme usted, señorita Evans, no se lo he dicho. Neeson, señorita, George Neeson.

—Bien, señor Neeson, cuente con nuestro banquete nupcial. Le llamaré para concretarle el número de invitados.

Alice estaba deseando salir de allí. Le estrechó la mano al señor Neeson a modo de despedida y se puso el abrigo de lana fina antes de salir al exterior.

El tiempo había empeorado y parecía estar a punto de llover. Alice rezó para que llegase a su taller antes de que aquello sucediera; no obstante, tenía un largo camino por delante y quería hacerlo andando. Estaba segura que, de subirse al transporte público o a algún taxi, echaría hasta la primera papilla.

No solo el vino le había perjudicado con los efectos del alcohol, sino también

se sentía hinchada por todo lo que había comido.

¡Estúpido Edward! ¡Esto tendría que haber sido cosa de dos!

Aunque siempre le agradecería a Pippa haberla acompañado.

Ahora, en vez de ir andando por la calle con aquel viento y aquella amenaza de caer una buena tunda de agua, estaría saliendo de aquel restaurante de la mano de su prometido, ambos súper contentos e ilusionados por su boda y henchidos de felicidad infinita con la que alimentarse el uno al otro.

No.

¿A quién quería engañar? Sabía de sobra que aquello no podía ser posible. Como antes he dicho, Alice Evans había despertado de su cuento de hadas y había bajado a la realidad, dándose cuenta de que su matrimonio sería uno más, de esos en lo que sacrificar su vida por una empresa, un acuerdo, un dinero asegurado para el fondo de pensiones.

Aquello la entristecía. No debería haber probado el vino, ahora se estaba poniendo melancólica. Estúpidamente melancólica y triste.

Estaba igual que el tiempo, pues el cielo amenazaba una buena tormenta.

Estupendo.

O, quizá, es que, por una vez en mucho tiempo, estaba siendo realista.

Se estaba dando cuenta de su situación. Pero, ¿qué podía hacer?

Ella quería a Edward, eso lo sabía. ¿Y Edward a ella? ¿Por qué no mostraba interés en la mayoría de cosas que haría cualquier pareja?

¡No!

Aleja esos pensamientos, aleja esos pensamientos, pensó.

Quiso creer que el trabajo lo absorbía, bien sabía ella por su padre que, regentar un hotel no era tarea fácil y que llevaba mucho trabajo y, más todavía, si se trataba de uno de los mejores hoteles y más frecuentados del condado.

Empezó a llover con más fuerza y Alice se abrochó bien el abrigo y volvió a abrazarse a sí misma.

De repente, comenzaron a caer millones de gotas gordas y frías que la empaparon en cuestión de segundos y, para no mojarse más, comenzó a correr en busca de algún lugar en el que refugiarse.

Llovía, llovía y seguía lloviendo mientras Alice corría, lo estaba consiguiendo, había avistado entre la gran cortina de agua que se estaba formando ante sus ojos una cafetería y estaba a punto de llegar.

Cerca, la tenía muy cerca.

Ya casi estaba, pero, de repente...

¡PAF!

Cayó de bruces contra el suelo. ¡Lo que le faltaba!

Repasemos la situación: Alice Evans, veintiocho años, prometida en matrimonio con Edward, un hombre al que le importaba un soberano pimiento cualquier cosa que no fuese su trabajo en el hotel, del cual era socio de Joe Evans, el padre de Alice, su futuro suegro. Edward había dejado tirada a Alice para elegir el menú de la boda cuando Alice no lo esperaba y, precisamente, en un día en el que el tiempo no jugaba a favor de la diseñadora de ropa interior.

Después de haber ido a la prueba del menú en el restaurante elegido con su amiga Pippa, beberse varias copas de vino cuando ella nunca bebía, tener una situación con el señor Neeson, dueño del restaurante, de lo más patética al informarle de su decisión, salió a la calle para marcharse, comenzó a llover y cayó de bruces en el asfalto, mojándose más todavía de lo que ya estaba.

Dios mío, ¿qué te he hecho yo en otra vida?, se lamentó mentalmente.

Sin esperarlo, dos manos fuertes y grandes, la levantaron del suelo como si pesase lo mismo que una pluma.

—Ey... ¿Estás bien? Te he visto tropezar y caer.

Alice abrió mucho los ojos, una vez ya se encontró de pie frente a aquel ser angelical que la había ayudado a levantarse del suelo.

Tendría que tener unas pintas horribles...

¿Y su pelo? ¡Ah! Sentía unas terribles ganas de llorar. Por mucho que se

hubiera puesto el bolso en la cabeza para protegerlo, estaba empapado y encrespado por la humedad de la lluvia.

Estaba pasando una vergüenza horrible y sus ojos se llenaron de lágrimas de impotencia y rabia.

Entonces miró a su salvador.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó pagando con él toda su frustración.

El chico llevaba un chubasquero de color amarillo. Por suerte él solamente se había mojado la cabeza y las zapatillas de deporte. Se sorprendió ante la reacción de Alice y le dijo:

—Perdona, no quería molestarte, he visto cómo te caías y...

—Ah, ¿sí? Pues muy bien —le contestó ella cruzándose de brazos.

El chico reprimió una risita y aquello para Alice no pasó inadvertido.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —le increpó de mal humor.

El chico se puso la mano derecha en la boca, tratando de disimular que estaba a punto de partirse de risa.

—Eres consciente de que estás totalmente empapada, ¿verdad? —le dijo.

—¿Lo dices en serio? ¡Vaya, no me había dado apenas cuenta! —ironizó enfadada.

—Y te seguirás mojando si no vamos a algún sitio a cubierto.

—¿Piensas que voy a ir contigo a algún sitio? Además, ¿quién diantre usa chubasqueros amarillos? —le dijo al tiempo que ponía los ojos en blanco.

Alice se quedó observándolo. Era realmente guapo. No, era guapísimo. Tenía

el pelo rubio y largo, más o menos por los hombros y los ojos del mismo color de la miel.

Alice trató de salir rápidamente de su embelesamiento con aquel chico.

—¿No te gusta mi chubasquero?

—¡No! Es... ¿Y por qué no llevas capucha?

—Me gusta mojarme el pelo con el agua de lluvia... así crece.

Alice puso los ojos en blanco de nuevo. Aquel chico estaba de coña, ¿verdad? Tenía que estarlo, porque no entendía absolutamente nada.

—Cielo santo... me marchó, estoy empapada.

—Dime tu nombre al menos —le pidió.

—¿Mi nombre? No te ilusiones.

Alice comenzó a andar hacia la cafetería y, a medio camino, lo pensó mejor y dio media vuelta para irse a otro lugar, otro que estuviese lejos de los ojos de aquel extraño chico.

—Por cierto, me llamo Josh —le gritó el chico, reprimiendo las carcajadas a través de la cortina de agua que seguía formando la fuerte lluvia.

3. Culpable

Cuando Alice llegó al local de costura en el que tenía el taller, estaba completamente empapada y tiritando de frío.

Suerte que solía tener mudas de recambio allí dentro en un pequeño armario.

Se descalzó y observó los zapatos entre sus manos: genial, totalmente mojados y llenos de barro.

Todavía tiritando, se desvistió y se secó con una toalla pequeña.

Alice pensó una vez estuvo seca y vestida con ropa limpia que una de las mejores sensaciones era aquella, estar mojada y secarse, tener frío y entrar en calor.

Se soltó la coleta de caballo que llevaba hecha y la escurrió de agua en el lavabo del baño, después se secó el pelo con la toalla.

Maldijo mentalmente no tener también un secador en el taller con el que solucionar aquello; no obstante, lo dejó secar al aire, suelto.

Después de haberse adecentado todo lo que pudo, paseó la mirada a su alrededor, observando el taller. Y se topó con su vestido de novia. Con ayuda de su amiga Pippa, quien le tomó las medidas, empezó la elaboración de aquel vestido, el cual luciría el día más importante de su vida.

O eso pensaba ella hacía unas semanas.

Suspiró y se dirigió a un pequeño frigorífico en el que guardaba un par de tentempiés y algunas botellas de leche, refresco de cola light y agua.

–El té con leche lo arregla todo – se dijo a sí misma, suspirando de nuevo, al tiempo que lo preparaba.

Entre sorbo y sorbo, su mirada se posó de nuevo en el vestido de novia.

Alice no iba a engañarse a ella misma: le gustaba su trabajo. Pasaba los ratos sola y trabajaba a su aire.

En cuanto a su vida sentimental...

¡Estúpido Edward!

Alice había conocido a muchos hombres, muchos chicos, gracias a los actos sociales concernientes al hotel.

Ninguno le gustaba. Todos tenían lo que cualquier chica podría desear, o mejor dicho, lo que cualquier progenitor podría desear para su hija. Buena posición, dinero, coches...

¿Buenas personas? Eso nunca se sabe cuando se tiene dinero. Todos son muy buenos cuando tienen dinero, cuando se bañan en billetes. No se ve la maldad. Es imposible.

Pues no, ninguno satisfacía sus gustos personales. Alguno que otro era gordo, otro dientudo, otro tenía halitosis... en fin. ¿Y a ella qué si tenían dinero? Ella ya tenía dinero.

Le gustaba ser independiente.

Entonces llegó Edward y le rompió todos sus esquemas.

Edward sobresalía entre todos aquellos hombres que a Alice no le decían nada.

Ella siempre había pensado que, si algún día tenía que casarse, sería con una persona especial, alguien diferente. Alguien que no mirase su apellido.

Solo quería a alguien que la quisiera por ella misma. Porque pensara que era inteligente o bonita. Porque le gustase su forma de coger un cigarrillo o de ponerse los guantes en invierno. Alguien que se olvidase del apellido Evans y se fijase solo en ella, en Alice. Que no la eligiese por el negocio o la cuenta bancaria de su padre, alguien a quien todo eso le diera igual, aunque tuviese dinero.

Y, al principio, todo eso Edward se lo dio. Pero después el señor Evans le ofreció un puesto importante en la empresa hotelera. Nada más y nada menos que ser su socio, pues Joe quería ampliar una parte del hotel y Edward cerró el trato ofreciendo su aportación económica.

¿Y qué mejor que todo quedase en familia?

Joe Evans estaba buscando un socio que quisiera invertir en su hotel, y no por falta de dinero, sino por despejar su cabeza de quebraderos, pues sabía de sobra que su única hija, Alice, no quería ocuparse del hotel, ya que soñaba con ser diseñadora de moda y, en parte, lo había conseguido.

Hacía poco que habían acabado de construir la parte del hotel en la que Edward había invertido: un casino y una zona de baile, así que pronto tendría

lugar la inauguración, pues el hotel llevaba cerrado bastante tiempo por motivo de las obras.

Alice dio el último sorbo al té con leche del vasito de plástico que sostenía entre las manos.

Se había dado el día libre, pero ya que estaba en el taller, seguiría avanzando en el vestido. No obstante, decidió tomarse un poco más de tiempo y se puso a navegar por Pinterest desde su teléfono móvil.

A los pocos minutos de pasar imágenes con el dedo, aburrida, apareció un chico con un chubasquero amarillo. Eso le hizo acordarse del tipo que la había ayudado.

Parecía agradable...

Y era guapo. Tremendamente guapo. Tenía un pelo precioso y unos ojos... ¡Santo Dios! ¡Qué ojos!

Pero...

Un chubasquero...por el amor de Dios.

¿Y quién en su sano juicio disfrutaba cuando el agua de lluvia mojaba su cabello? Porque aquella era la explicación que le había dado cuando le preguntó por qué no llevaba capucha.

Un lunático, un completo lunático, seguro.

¿Entonces qué diantres hacía Alice fijándose en él?

Fijándose y, juzgándole sin conocerlo, pues el chico solamente la había pretendido ayudar y ella...

¿Ella se había portado mal con él?

Sí, lo cierto es que sí.

Suspiró, cerrando los ojos, sintiéndose culpable.

Supuso que en ese momento, había pagado toda frustración que Edward le provocaba, en ese pobre chico.

Todo había sido por su culpa.

No, en realidad no. Alice no iba a echarle toda la culpa al estúpido de Edward. Era adulta, podía tener control sobre sus emociones, podría haber actuado de forma diferente con aquel chico... ¿Cómo había dicho que se llamaba?

Ella podía elegir su forma de ser, ¿no es así?

Entonces podría haber sido más agradable y simpática con una persona que solamente había querido ayudarla.

En aquel instante la embargó una culpabilidad que nunca había sentido

hacia alguien desconocido.

Verdaderamente ese chico no le hizo ni dijo nada malo. Simplemente se interesó porque había visto su caída. ¿Aquello era un crimen? Obviamente no.

4. ¿Cenamos?

Alice decidió seguir con los arreglos de su vestido para quitarse esa sensación de su interior y distraerse con algo pero, aun así, acabó su jornada más triste y melancólica que de costumbre.

Cogió el transporte público de vuelta a casa y cuando bajó fue a un supermercado cercano a comprar una ensalada fresca ya preparada para cenar.

Edward llegaría tarde y, seguramente cenaría sola.

Estaba tan alicaída con todo, que ya le daba lo mismo cenar ensalada que cenar una tarrina entera de helado de chocolate en la que ahogar dentro todas sus penas.

Maldito Edward...

Aquellas frases eran su mantra de aquel día y nadie podría quitárselo.

Una vez dentro del supermercado, añadió a la compra para su solitaria cena un aguacate y una bolsita de sésamo, y pagó todo en la caja.

Cuando salió al exterior, todavía llevaba en la mano el monedero al tiempo que se distraía mirando el ticket de compra.

En un abrir y cerrar de ojos, una mano rápida y veloz agarró su monedero y se lo arrebató de golpe. Tardó unos cuantos segundos en comprender lo que había pasado.

—¡Eh! ¡Ladrón, mi monedero!

Pero el chico corría y corría calle abajo.

—¡Ayuda, por favor! ¡Al ladrón! ¡Tiene mi monedero!

Salió corriendo detrás de aquel tipo y vio justo delante de ella cómo un chico la adelantó velozmente.

El chico corrió rápidamente hasta que alcanzó a la sabandija que le había quitado su cartera.

Se la arrebató en un suspiro y le dejó escapar.

Cuando se giró para volver hacia donde Alice se encontraba para

devolvérselo, ella se quedó helada.

–Tú– logró articular.

–Nos volvemos a encontrar– le dijo.

–Ya no llevas el chubasquero.

Él se rio. Por Cristian Dior, que no hiciera eso...que no le enseñara su blanca y perfecta dentadura.

–No. Es que ya no llueve.

–Ah... ya, claro. – Y soltó una risita tonta. ¿En serio sonó tan estúpida?

Yi ni llivis il chibisquiri.

¡Obviamente ya no llueve, Alicia! ¿En qué estabas pensando?

–Tu monedero– le dijo tendiéndoselo.

–Muchas gracias. Nunca he sido buena en eso de correr.

–¿Qué tal estás de tu caída? – le dijo mientras se echaba desde la frente el pelo hacia atrás con las dos manos.

–Bien, gracias, no fue nada.

–Bueno, me alegro de que todo haya quedado en un susto – le dijo disponiéndose a irse.

–Y yo. Muchas gracias– le contestó tendiéndole la mano.

–Nada. Ha sido un placer.

Y se dio la vuelta.

¿Acaso eres estúpida? ¡Pídele perdón, idiota!

–¡Espera! – le gritó.

No se había percatado de que estaba quitándole el candado a su bici.

–¿Sí?

–Yo... bueno... siento lo de esta mañana. Creo que... te traté injustamente.

Pareció sorprenderse y a Alice le extrañó.

–Solo te preocupaste y yo... bueno, fui bastante descortés. Quería pedirte disculpas.

–Oh, sí. La verdad es que me partiste el corazón cuando no quisiste decirme tu nombre. Es algo que me ha dejado muy tocado – le dijo al borde de la risa y de manera irónica.

Alice se relajó bastante.

–Alice.

–Bien, Alice, pues encantado de conocerte. Me llamo Josh, aunque creo que ya te lo he dicho.

Le tendió la mano para hacer las paces, pero él no la aceptó.

–¿Otra vez siendo descortés?

Parpadeó varias veces, sorprendida.

–Ven aquí, que no muerdo.

Y, acto seguido, la acercó a él cogiéndola de la cintura y le dio dos besos. Olía a fresco, a campo, a pinos y a suavizante. Sencillamente delicioso.

–Encantada.

Él le sonrió.

Y Alice, como si aquella sonrisa la trastornase, hizo algo que no era nada habitual en ella, más todavía estando prometida con Edward.

–Yo... me preguntaba... ¿Has cenado?

–No.

–¿Te apetecería venir a mi casa y tomamos algo? Tómatelo como una segunda disculpa por las molestias.

–Claro – le dijo – ¿Qué llevas ahí?

–Ah... esto.

Se sintió avergonzada. Seguro que se reía de su dieta. No parecía un chico preocupado por cuidarse y ese tipo de cosas.

–Bueno, es... pensaba hacerme una ensalada fresca con aguacate y sésamo – le confesó.

–¿Estás de coña?

–No. – Y notó cómo se arbolaban sus mejillas.

–Dime que en tu casa tienes tofu o algo verde y te pongo en un altar– le dijo.

Alice abrió ligeramente la boca.

–No te creo.

–Vayamos a tu casa y lo compruebas.

–Está bien.

Y caminaron, él arrastrando su bici y Alice a su lado.

Alice lo llevó hasta su casa y no pudo si no sorprenderle su reacción. No admiró en absoluto la gran casa que, una vez más, Edward eligió, tan solo se limitó a decir:

–¿Dónde está ese tofu? – y le regaló una preciosa sonrisa.

5. Josh es vegetariano

En un santiamén prepararon entre los dos una cena que Alice clasificó como «hiper sana».

¿Quién le iba a decir a ella que iba a encontrar en el chico del chubasquero amarillo alguien a quien le gustase este tipo de comida?

Tofu, pasta integral, comida macrobiótica, vegetales...

Nadie.

Porque en el entorno en el que ella se movía eran más de un buen chuletón, una pata de corderito al horno o un cochinitillo en el que colocar una manzana en la boca mientras se tuesta a las brasas.

Ella, no.

Y, por lo visto, Josh también compartía ese hábito.

Definitivamente se precipitó al juzgarle aquella mañana y se siguió arrepintiéndose conforme se amenizaban las conversaciones en el ático del centro de Queens que compartía con Edward, mientras degustaban aquel brócoli exquisito que Josh se había empeñado en preparar para los dos.

Josh era profesor de música en un colegio y tocaba la guitarra en sus ratos libres.

Iba en bici siempre que podía y, cuando al sitio al que debía ir estaba demasiado lejos, se movía en transporte público.

Todo lo contrario que su prometido, por cierto.

–Es genial. Nadie te molesta, vives a tus anchas –le dijo cuando Josh le habló del vecindario en el que se encontraba su casa y le contó que vivía solo.

–¿Y no te sientes solo?

–¿Solo?

Alice asintió.

–Nunca estoy solo.

Vaya, seguro que era un follador que cada día se llevaba a una chica

distinta a su casa, pensó Alice.

–Vaya, eres todo un ligón.

–¿Ligón?

–Sí, por eso no te sientes solo.

Él se rio alegremente y Alice sintió un cosquilleo en su bajo vientre.

–No te creas.

–Desde luego que sí –le dijo al tiempo que le daba un golpecito cariñoso en el brazo.

–No, Alice, de verdad. Me cuesta encontrar el amor. Soy demasiado independiente. No es que me considere diferente a los demás, solo intento serlo y, bueno, digamos que mis relaciones no terminan de cuajar. No encuentro a mi alma gemela –le explicó fingiendo un mohín.

–Como si te importara... –puso los ojos en blanco.

–Cierto, no me importa. Nunca estoy solo porque estoy conmigo mismo y esa es la mejor compañía que siempre voy a tener.

Ella asintió con la boca entreabierta y pensó que debería apuntarse esta frase mentalmente.

–Bueno, eso y que *Bob* me hace mucha compañía.

–¿Quién?

–Es mi perro.

–¿Tienes un perro? ¡Qué mono! ¿Qué raza es? ¡Espero que sea un chihuahua! –se llevó el dedo índice a los labios, pensando.

Josh se volvió a reír.

–¿Qué? ¿No te gustan los chihuahuas?

–No es eso, me gustan todos los perros. El mío no tiene raza. Es un chucho.

–¿Un chucho? –lo miró extrañada.

–Sí, tiene tantos cruces de razas que cuando me lo encontré siendo un bebé en la carretera y lo llevé al veterinario para saber si estaba bien, no supo decirme qué raza era.

–Jo, me encantaría conocerlo.

Josh volvió a reírse y, cada vez que eso ocurría, Alice se deshacía más por dentro.

¿Qué era todo aquello?

Se mordió el labio inferior. ¡Estúpida!

No sabía qué le pasaba, no sabía qué era lo que el chico del chubasquero amarillo de rizos rubios hacía en su interior, pero era como si le conociera de

toda la vida y cuando aquella mañana se había despertado, ni siquiera sabía que existía.

¿Iba todo demasiado rápido? ¿Qué le estaba pasando? Y lo más importante, ¿qué pasaba con Edward?

–Voy a tener que irme, Alice.

–¿Ya?

–Sí, quiero descansar un poco y seguramente *Bob* me echa de menos.

–Entiendo –le dijo asintiendo.

No quería que se marchara, estaba cómoda con él.

Era la primera persona con la que no tenía que aparentar nada porque hablar con él era demasiado fácil. Tanto, que hasta podía ser ella misma, si bien con alguna mentira que otra por delante como, por ejemplo, que estaba prometida en matrimonio con Edward Brown, ya que ni siquiera le mencionó que tenía pareja.

Lo acompañó hasta el pasillo que daba a la entrada del ático, donde había dejado su bicicleta y le abrió la puerta en lo que él la cogía para sacarla fuera.

–Quizá podamos vernos otro día –le dijo y a Alice se le iluminaron los ojos.

La de vueltas que da la vida ¿Eh?

–Sí, eh... miraré mi agenda –le dijo un pelín borde.

–¿Sabes que estás más guapa cuando te dejas llevar? Quítate ya esa fachada, Alice –le guiñó un ojo y se marchó.

Como si fuera tan fácil... Igual de fácil que darle el sí quiero a Edward en apenas tres meses.

6. Pensando en Josh

Se quedó con una extraña sensación de soledad cuando Josh se fue. No obstante, Edward llegó una hora después y la pilló metida en la cama con un libro entre sus manos.

—¿Has cenado ya, querida? —le preguntó al tiempo que se desabrochaba la corbata.

—Ajá —le contestó ella.

No le apetecía hablarle en absoluto.

—¿Qué tal el restaurante?

—Le he dicho al dueño que cuente con nuestro banquete nupcial.

—¿Tan rápido?

—¿Para qué demorarlo más?

—De acuerdo, cielo, confío en tu criterio.

Alice asintió, sin despegar la vista de su libro.

—¿Te ocurre algo?

—En absoluto.

—Bien... comeré algo y me meteré en la cama.

—De acuerdo.

Y en eso se basó esa conversación, la cual fue tediosa para Alice.

Gracias al cielo que no había pillado a Josh en su casa.

¿Cómo le explicaría la situación?

¿Cómo se le explica a la persona con la que vas a casarte que estás cenando con un completo desconocido que te hace sentir mejor que tu prometido?

Alice cerró el libro con fuerza cuando Edward salió de la habitación y limpió una lágrima que amenazaba con salir de uno de sus ojos con el dedo.

No lloraría, no por Edward, lo decidió en aquel momento.

Alice había conocido a Josh un lunes, así que el martes, miércoles, jueves y todos los días de aquella semana, se los pasó pensando en aquel encuentro, en las cosas de la vida y maldiciéndose mentalmente por ser tan idiota y tan rematadamente tonta de no haberle pedido el número de teléfono.

¡Ah! ¡Pero él a ti tampoco, mona!, taladró su cerebro una vocecilla impertinente.

Cierto, él tampoco se lo había pedido a ella.

Pues nada, a rezar para que lloviese y saliese el maromo a mojar su cabello de agua de lluvia.

La tarde del lunes siguiente decidió no ir a trabajar. Los arreglos de su vestido de novia cada vez eran menos; Edward, —cómo no—, saldría tarde del trabajo y Alice necesitaba tener un rato para ella sola. Así que se pasó la tarde viendo telenovelas mientras comía palomitas de maíz.

¡Hay que ver qué tonta era Julia Fernanda por no querer casarse con Francisco Manuel!

¡Si estaba para comérselo!

Cenó algo ligerito y se acostó temprano después de darse un buen bañito relajante de espuma con esencias de vainilla.

Prácticamente no escuchó a Edward meterse en la cama a la vuelta del trabajo.

Y soñó, claro que soñó. Soñó con Josh y su chubasquero amarillo.

Se lo iba quitando poco a poco al son de una música muy lenta y estimulante delante de sus narices, a los pies de su cama.

Debajo no llevaba absolutamente nada de ropa.

Sus ojos lo miraban, estudiando toda su anatomía, toda ella perfecta. Escrutaba su figura de arriba abajo y justo cuando su vista bajaba más y más y al fin podía vislumbrar aquello que tanto deseaba...

PIIII. PIII. PIII.

—Oh, maldita sea...

Alargó la mano hasta la mesita de noche y apagó la alarma del teléfono móvil.

Hora de levantarse y ella con esos pelos.

No, no, mejor aún: hora de levantarse y ella con esas bragas, mojadas a más no poder. ¿Qué digo? ¡Empapadas!

—Madre mía, señorita Evans... mal empieza usted la mañana.

Se dio una ducha con el agua más bien tirando a fría para quitarse la sensación de infierno que llevaba en el cuerpo y así despejar la mente para llevar en condiciones una mañana de trabajo.

Se vistió con una falda de tubo negra y una camisa blanca. Se puso una americana del mismo color de la falda y unos *Jimmy Choo* plateados que le había regalado Edward hacía un par de meses a juego con el bolso de mano.

Su padre y su prometido habían abierto ya el hotel y daban una conferencia, por lo que, al igual que su madre, querían que estuviera presente. Así que, aquel día, antes de acudir al taller, debía pasar por allí.

Después de dar un par de tragos a un vaso de zumo natural, salió a la calle y escrutó el cielo.

Estaba nublado y seguramente llovería.

No había cogido paraguas y lo cierto es que no le apetecía volver a caerse por ser una patosa.

¡Ah! Pero sí te apetece volver a ver al melenudo del chubasquero.

Puso los ojos en blanco.

¿Desde cuándo tenía esa vocecilla en su cabeza?

Ah, ya, claro. Quizá desde que sentía deseos de mandar a Edward a freír monos por no hacerle ni caso.

O también desde que conoció a Josh.

¿Sería su conciencia? ¿Acaso tan mal estaba haciendo las cosas?

Que razón no le faltaba, todo sea dicho. Pero era tan entrometida...

Disfrutó tanto saliendo del hotel de su familia una vez terminada la conferencia que se olvidó de la lluvia, de Josh y hasta de su chubasquero amarillo.

Cuando llegó al taller, se quitó aquellos aparatosos zapatos y se cambió de ropa.

Alice tenía dos caras. Siempre debía tener dos caras: la que mostraba ante su prometido y su familia en los actos sociales y eventos relacionados con el hotel, negocios y dinero; y, por supuesto, su verdadera cara, la de Alice Evans, una chica sencilla que solamente quería ver cumplido su sueño: ser diseñadora de moda, que había montado su propio taller para poder vender en su página web su propia línea de ropa interior.

Alice, la pequeña Evans, quien llevaba una semana con la cabeza en otro

sitio gracias a Josh, el chico del chubasquero amarillo.

Una vez se hubo puesto cómoda, se recogió el pelo en un moño bajo con un lapicero y ya estuvo lista para comenzar su jornada entre agujas, alfileres, el metro, botones, una máquina de coser, libretas de patronaje, vasitos de té con leche acompañados de algún que otro cigarrillo y chicles de regaliz.

Y así pasó otra semana, sin pena ni gloria, pasando las mañanas y alguna que otra tarde en el taller y recordando a Josh como si cada día se inyectase por vena su mirada.

7. Josh es demasiado

Y de nuevo llegó el lunes, ese día tan odiado por cada ser que forma la humanidad y, Alice, no iba a ser menos.

Para colmo, aquel lunes tocaba recibir a los proveedores para renovar todo su material de trabajo, ya que con la elaboración de su vestido de novia se había quedado en reserva.

Estupendo.

Cuando se despertó, Edward ya se había marchado al hotel y estiró las piernas a lo ancho de la cama, intentando abarcarla entera.

Estaba acostumbrada a no despertarse con besos dulces y tiernos en la nuca, ni tampoco con susurros románticos al oído.

Edward no era romántico, nunca lo había sido.

No sé entonces qué fue lo que viste en él... aquella vocecita la traía últimamente por la calle de la amargura.

No, Alice no sabía qué fue lo que vio en Edward para empezar una relación con él, ni tampoco para darle el sí quiero.

Supongo que lo que me incitó fue que es el socio de mi padre, porque si no, a estas alturas no entiendo nada, pensó.

Quizá Josh sí sea como cabría esperar de una persona con la que estás prometida en matrimonio.

Alice zarandeo la cabeza con la esperanza de que aquella vocecita que la perturbaba desapareciese, se desperezó como un gato y se levantó de la cama, sintiendo el parqué de la habitación bajo sus pies descalzos al dirigirse al baño.

Se miró en el espejo y casi sintió compadecerse de sí misma.

Se estaba volviendo un poco loca, hacía tres semanas que había estado cenando con Josh, el chico del chubasquero amarillo, y hacía tres semanas, también, que no podía quitárselo de la cabeza.

En ocasiones, cuando estaba sola en casa o en el taller, tenía la tentativa de deambular por las calles que rodeaban aquel restaurante en el que celebraría su banquete de boda, por si volvía a cruzárselo habiendo él salido por esa zona de nuevo.

Aunque la última vez que lo había visto había sido cerca de su casa.

¿Era tan puñetera la casualidad que había hecho que no volvieran a cruzarse?

¿O quizá era el destino?

Alice no creía en el destino.

O, al menos, no en esos momentos.

En lo que sí creía era en la esperanza de volverlo a ver.

¿Existía el amor a primera vista y era así como se sentía?

Josh tenía algo, algo que Edward estaba a años luz de conseguir: preocupación por ella, dedicación.

Se lavó la cara casi con rabia, tenía que sacarse a ese chico de la cabeza.

¡Apenas quedaban dos meses para su boda!

No podía seguir así.

Se vistió rápidamente y se hizo un moño flojo y despeinado después de ponerse un poco de maquillaje.

Después de hacer la cama y calzarse, se dirigió caminando hacia su taller.

Decidió desayunar allí en lo que los proveedores de su material llegaban, así que mató el tiempo con una taza de té con leche en la mano y Pinterest en su MAC.

Dio un respingo sobre sí misma cuando la llamaron por teléfono anunciándole que estaban fuera con las cajas que había pedido.

Una vez colgó, dejó el aparato sobre la mesa en la que estaba apoyada navegando por Internet y se dirigió al exterior.

Firmó el albarán y uno de los trabajadores la ayudó a meter las diversas cajas al interior del taller.

–El maniquí todavía no ha llegado a la fábrica, señorita –le dijo uno de los trabajadores.

–¿Y sabe cuándo llegará?

–Supongo que en un par de semanas.

–De acuerdo, llámenme cuando lo tengan, para estar al tanto –le pidió Alice.

–Descuide. Hasta luego.

–Hasta la próxima –se despidió Alice cerrando la puerta.

Suspiró, mirando todas aquellas cajas repletas de jaboncillo de sastre, un nuevo girabiés porque había perdido el que tenía, hilos de poliéster, hilos para hilvanar, hilos plásticos, hilos de bordar... Incluso papel para patronaje.

Aquello le llevaría para rato, así que se resignó y, pese a que no le apetecía en absoluto rehacer inventario una vez todo estuviera sacado de las cajas y colocado en su sitio, se puso manos a la obra, pues cuanto antes comenzase, antes terminaría.

Un par de horas después, cuando todo aquello parecía estar más ordenado y el caos era menor, el teléfono móvil de Alice sonó de nuevo.

–Hola, Pippa, ¿qué tal?

–Hola, Alice, tengo una hora libre y había pensado ir a verte un ratillo.

Alice sonrió. Pippa era su mejor amiga, y todas las semanas debían verse para ponerse al día sí o sí, no se admitían excusas.

–Estoy en el taller, hoy he tenido proveedores.

–¿Tienes café?

–Sabes que no tomo estimulantes –le dijo sonriendo, ya podía imaginar la cara de Pippa al decirle aquello, poniendo los ojos en blanco.

–¡Pues sal a comprar, idiota! ¡Sabes que amo el café! –le riñó su amiga de broma.

–De acuerdo, señora, sí mi señora, en seguida, mi señora. Me tienes esclavizada, Pippa...

–Sí, claro, ahora será culpa mía. Te veo en nada, cielo. Un beso.

Alice colgó el teléfono y se levantó del suelo, donde se había vuelto a sentar, rodeada de cajas de nuevo para seguir desembalando.

Suspiró y se estiró.

Se adecentó un poco el pelo y después de coger el monedero. Salió del taller al supermercado que había a apenas cinco minutos de distancia, con la intención de comprar un poco de café instantáneo para Pippa, ya que no tenía cafetera en el taller, tan solo un frigo pequeño y un microondas que parecía de juguete.

El teléfono móvil le vibraba entre las manos y sonaba de manera estridente a partes iguales.

–Qué pesada, Pippa... ¡Ya voy a comprar tu café! –le gritó al teléfono sin

desbloquearlo.

Cuando una persona no va mirando al frente, tiene algo que la está estresando, –en el caso de Alice era el teléfono móvil– y sus pies suelen tropezarse solos con las rayas del suelo, acaba pasando lo que sucedió a continuación.

Cuando Alice abrió los ojos, después de haberlos cerrado con fuerza durante algunas milésimas de segundo y haber visto pasar toda su vida por delante, lo primero que vio fue aquella cabellera rubia con la que no había parado de soñar durante todos aquellos días atrás.

–¿Josh? –le preguntó ruborizada mientras se miraban a los ojos.

–Vaya, Alice, deberías ver por dónde vas... Casi me aplastas –le contestó él risueño, sosteniéndole la mirada.

Alice había tropezado y tal fue el impacto con el que chocó con Josh, quien también iba distraído, que habían chocado y caído al suelo ambos, sobre la guitarra que Josh llevaba colgada a la espalda. Suerte que iba metida en su funda.

Alice podía oler su aliento, dulce como las manzanas, suave y cálido como un atardecer de verano.

Se contempló en aquellos ojos color miel durante un instante.

–¿Te has hecho daño? –la sacó de su ensimismamiento.

–He caído sobre algo mullido –le contestó.

–Oh, vaya, ahora soy una mullida almohada, por lo que veo –le contestó él.

Ella reprimió una carcajada y él siguió observándola desde su posición. Apenas unos centímetros y podría besarla.

¿Cómo sería besar a Alice?, pensó.

Llevaba todos aquellos días desde que cenaron juntos en casa de la modista pensando en ella, en cómo había podido ser tan tonto de no pedirle el número de teléfono para volver a verla.

Josh, tal y como le contó a Alice, no tenía suerte en el amor, todas las princesas se acababan marchando de su cuento, por eso había aprendido a estar solo.

Pero Alice... con Alice había sentido conectar tanto... y era tan adorablemente patosa.

Y emprendedora.

Y preciosa e inteligente.

No se quitaba de la cabeza el bonito color de su pelo negro y lo verdes que

tenía los ojos.

–Alice...

–¿Sí?

–No puedo... levantarme si... si tú no... –le susurró.

–¡Oh! ¡Oh, sí! Tienes razón... ¡Perdona! –le contestó ella poniéndose roja como un tomate.

Alice se levantó tambaleándose un tanto, y Josh la imitó.

–Entonces, ¿estás bien?

–Perfectamente –le contestó ella alisándose la camiseta con la mano que le quedaba libre, pues en la otra tenía el móvil, el cual acababa de recoger del suelo, intacto, por suerte.

–¿Sueles caerte mucho? –le preguntó Josh riendo.

–¿Ya te estás metiendo conmigo? –se cruzó ella de brazos fingiendo enfado, aunque por dentro estaba dichosa. ¡Tenía a Josh delante!

–Alice, lo tuyo no es normal. ¿Dónde ibas?

–A comprar café para mi amiga Pippa, va a venir a verme un rato al taller, lo tengo justo al doblar la esquina –le explicó.

–¿De verdad? Yo doy clases particulares de música en el conservatorio.

–¿En serio? Pensaba que solo trabajabas en el colegio.

–No, un par de veces a la semana vengo aquí. De hecho, ahora mismo debería estar ya allí, llego tarde.

–Vaya, siento haberte distraído –le dijo ella al tiempo que se frotaba la frente.

–No te preocupes, ha sido todo un placer haberte visto, Alice –le dijo mientras le acariciaba una mejilla con el pulgar.

¡Oh, my god! Que no haga eso, que no haga eso...

–Oye, Josh...

–¿Sí?

–Te apetece, no sé, ir al cine algún día, tomar una limonada... no sé –le dijo Alice tímidamente.

Josh, por su parte, estaba a punto de pedirle el número de teléfono, así que la petición que Alice le hizo, fue música para sus oídos.

–¿Te doy mi número y me llamas? –le preguntó señalando el teléfono móvil de Alice.

–Claro –le dijo tendiéndole el aparato y con un cosquilleo en su estómago.

Josh tecleó rápidamente y le devolvió el teléfono.

–Tengo que irme, no tardes en llamarme.

Y acto seguido, giró sobre sus talones y comenzó a trotar en dirección al conservatorio mientras la guitarra, envuelta en la funda, ahora sucia después de la caída, trotaba en su espalda.

¿Te has vuelto loca?

–No sé si me he vuelto loca o no, pero Josh... es demasiado –susurró para sí misma.

8. Odiando a Edward

Cuando Alice volvió de nuevo al taller, café para Pippa en mano, tenía una sensación en su interior hasta aquel momento desconocida.

¿Puede que fuera adrenalina?

Sí, lo más probable es que se tratara de eso. Josh le había puesto la adrenalina por las nubes, pero en su interior sabía que no había sido solamente el hecho de chocarse con él, sino haberle propuesto que tuvieran una cita.

Alice sabía que aquello estaba mal, claro. Puede que se hubiera dado cuenta de que estaba siendo infeliz al lado de Edward, pero tenía escrúpulos.

Ya, claro... unos escrúpulos que te los vas a pasar por el forro de las narices cuando hayas quedado con él.

Aquella vocecita siempre aparecía en los momentos menos oportunos y Alice resopló.

De pronto, se acordó del motivo por el que no había ido atenta a dónde pisaban sus pies para tropezarse y caerse: su teléfono móvil. Alguien lo había aporreado a mensajes.

Fue a desbloquear la pantalla y descubrió que el teléfono estaba apagado.

Genial, fijo se habría dado un buen golpe a pesar de no haberse roto la pantalla.

Pensó que sería por eso por lo que estaba apagado.

Por suerte, se encendió, y el nombre de Edward en varias llamadas perdidas y mensajes de WhatsApp.

Así que había sido él quien le había fundido el móvil a mensajes.

Las llamadas serían de cuando se le había caído al suelo y se había apagado.

Antes de devolverle las llamadas para averiguar qué quería, decidió leer los mensajes.

Le pedía que se arreglase, que aquella noche quería llevarla a cenar y, al no contestarle, le insistió con muchos signos de interrogación.

Alice le contestó con una carita sonriente y varios emoticonos del pulgar hacia arriba.

Mira qué mono, quería que fueras a cenar con él, seguramente a un restaurante súper romántico...

¡Y alumbrado con velas!

El sonido de la llegada de un mensaje de WhatsApp fue acompañado de una vibración y Alice leyó el nuevo mensaje que le había mandado Edward.

Lo siento, cielo, tendremos que dejarlo para otro día, acaban de decirme que tengo una reunión extraordinaria a última hora de la tarde y no sé a qué hora saldré, por lo que no me gustaría hacerte esperar.

Me había asustado antes con tu ausencia de mensajes.

Lo siento de nuevo.

Besos.

El labio inferior de Alice tembló en un puchero, e incluso apretó los puños con rabia e indignación.

¿Y ella sintiéndose culpable por querer pasar un rato agradable con Josh?

¡Como si a Edward le importara!

Justo cuando creía que gritaría en voz alta de pura rabia, Pippa tocó con el puño cerrado la puerta del local de costura.

—*¡Hello, honey! I miss...*—Entró Pippa con esa alegría contagiosa tan característica de ella, después de que Alice abriese la puerta de mala gana y girase sobre sus talones para volver al sitio en el que estaba. —*...you* — terminó la frase bajando el tono de voz. Arrugó el ceño en cuanto cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué pasa? —le preguntó a su amiga.

—¡Quiero matar a Edward! —le respondió Alice sentada sobre la mesa.

Pippa puso los ojos en blanco y al tiempo que las pulseras que adornaban su muñeca derecha tintineaban, buscó su cajetilla de cigarros en el interior de su bolso.

—Bien, querida... ¿Has comprado el café? Para ti, mejor una tila... —le contestó adentrándose en el local sorteando las diversas cajas que se iba encontrando a su paso.

Cuando por fin llegó donde estaba Alice, se sentó en la silla que había situado al lado de la mesa.

—Toma un cigarrillo y cuéntame que diantres ha hecho ahora.

9. Alice se deja llevar

Alice abrió su alma de par en par con Pippa, y le contó hasta el último detalle de todo lo que llevaba dentro, incluido lo de Josh.

Por supuesto, Pippa siempre había estado al tanto de cómo de desastre era Edward en la relación que mantenía con Alice, pero últimamente notaba a su amiga más cansada de lo normal con él, como si le diera igual todo aquello que tuviera que ver con Edward.

Notaba algo diferente en su amiga y se lo hizo saber.

—Tú a mí no me engañas, Alice —le dijo cuando todavía no sabía nada acerca de Josh.

Alice se mordió el labio inferior y entonces le contó todo lo referente a Josh desde el principio. Desde la lluvia hasta el choque en el que casi lo aplasta y en ese que estuvieron tan cerca, que podrían haberse besado.

—¿Sabes lo que haría yo? —le dijo.

—¿Qué?

—Suspendería la boda —le confesó Pippa con determinación.

Alice le apartó la mirada. No quería enfrentarse a eso. No quería enfrentarse a la frase que le acababa de decir su mejor amiga.

—Sabes de sobra que no puedo hacer eso...

—¿Por qué no? —le preguntó, indignada.

—Porque Edward ha invertido mucho dinero en el hotel, Pippa, lo sabes de sobra. Sabes que el hotel es lo que nos da de comer.

—Sí, querida, y también te ha dado una buena vida, no solo os da de comer.

Además, a ti ahora mismo te das de comer tú solita.

—¿Y qué hay de mis padres?

—¿Qué pasa con ellos?

—Si suspendiera la boda, Edward no querría saber nada más de mí y, a lo

mejor, tampoco del hotel.

—¿Y? Tu padre es Joe Evans, Alice, las finanzas de Edward no son comparables a las de tu padre.

—No sé, Pippa... estoy muy confundida últimamente. Y lo de Josh...

—Lo de Josh ha sido el detonante de todo, Alice, y eso es por algo.

Cuando al día siguiente sonó el despertador de Alice, se sentía como si hubiese dormido apenas dos horas.

El día anterior tuvo bastantes emociones y solían agotarla hasta la extenuación.

Primero, hacer el inventario y colocar todos los materiales, algo que odiaba con todo su ser.

A continuación, aquel choque accidental con Josh que la hizo sentirse más viva que los castos besos en la mejilla de Edward.

Después, las falsas ilusiones que su prometido le hizo hacerse con aquellos mensajes para después acabar en nada.

Y, por último, aquella conversación con Pippa. Todavía le pesaban las palabras de su amiga en la cabeza como una gran piedra. No quería ahondar demasiado en ellas por miedo a verlas más lógicas todavía de lo que ya las veía y que surtieran tanto efecto en ellas que acabase tirando todo por la borda.

Edward, como de costumbre, llegó tarde y se marchó pronto, por lo que ni siquiera hablaron por la noche ni tampoco por la mañana.

Cuando se lavó la cara con agua fría en el lavabo, decidió tomarse la mañana libre en el trabajo y salir a correr.

Sentía su cuerpo cansado, pero su mente necesitaba distracción.

Así que se enfundó en un conjunto de ropa de deporte, se calzó unas tenis y recogió su melena negra en una cola de caballo que se movía a los lados cuando andaba.

Quizá, con suerte, se encontraba a Josh por la calle.

Sí, llamadla obsesiva, quizá sí lo estuviera, pero necesitaba verle otra vez, hablar con él, que la transportase a ese mundo paralelo al suyo mucho más sencillo que la realidad en la que vivía cada día y que él era capaz de lograr con tan solo un pestañeo.

Además, si se lo encontraba de casualidad, no se sentiría tan culpable que si era ella quien lo llamaba para concertar esa cita que le había pedido el día

anterior.

Sabía que en cuanto corriese un minuto, la chaqueta de chándal que llevaba puesta le sobraría.

Bueno, esperaba aguantar al menos ese minuto.

Colocó los auriculares del móvil en sus oídos, le dio al play a la lista de reproducción de música que siempre escuchaba y que iba actualizando conforme salían novedades musicales, y empezó a correr.

No, no penséis que era como correr una maratón, Alice corría a trote cochinero.

A mitad de la canción ya se notaba cansada.

Dios mío... ¿Qué tengo, ochenta años?, pensó.

Estaba en súper baja forma a pesar de ser vegetariana. Aunque, claro, si nunca hacía deporte, ¿cómo quería estar?

Inspiró, expiró, inspiró, expiró.

Esperando no hiperventilarse, se concentró en la respiración y siguió trotando, pensando que llegaría un momento en el que se acostumbraría.

Oteó a ambos lados, por si veía a Josh, pero de momento, su gozo en un pozo.

Se acabó la canción y empezó otra que también terminó.

Y ahí seguía Alice, corriendo.

Aquello era demasiado. Josh no iba a aparecer por mucho que ella saliese a correr.

Centró la vista en la pantalla del teléfono para apagar la música, se estaba agobiando.

Stop. Bloqueo de pantalla.

Cuando levantó la vista dio un respingo sobre mí misma.

Ahí estaba, delante de ella, corriendo hacia atrás al tiempo que le hacía un gesto con la mano para que quitara los auriculares de sus oídos.

Le hizo caso y sonrió como una idiota.

¡Gracias, cosmos!, pensó.

Aunque tanta buena suerte en ese aspecto, le daba una mala espina que no quiso reconocer.

—Si no lo veo, no lo creo. Dudaba si eras tú, la verdad —le dijo.

—Pues ya ves —le contestó ella al borde del espasmo. Necesitaba parar o caería redonda.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Desde cuándo corres?

—Calla... —le dijo parando en seco, sintiendo cómo los pulmones le ardían.

Se agachó y se llevó las manos a la cara, la cual tenía sudorosa y, seguramente, roja como un tomate.

—¿Estás bien?

—¿Que si estoy bien? —le dijo casi sin poder hablar. —He salido a correr porque...

—Eso, por qué, porque jamás me habría imaginado verte corriendo por aquí. ¿Quieres agua?

—Por favor...

Josh soltó una carcajada y le tendió una botella de agua pequeña.

Bebió un trago.

Dios... era como volver a nacer.

—¿Y bien?

Se habían sentado en un bordillo, a las puertas de una casa de un vecindario cercano al de Alice.

Josh la miró fijamente a los ojos.

—Y bien, ¿qué?

—Déjame adivinar —le dijo Josh con picardía.

—¿Adivinar qué? —le preguntó Alice tras dar otro trago a la botella de agua de Josh.

—Primero no me quieres decir tu nombre y eres una borde de cuidado conmigo, comemos juntos porque te salvo de un peligroso ladrón, casi me aplastas porque eres una patosa, me pides una cita junto a mi número de teléfono y ahora te encuentro al borde de la asfixia, corriendo para ver si me encontrabas y me volvías a ver porque estás loca por mí.

Alice lo miró con los ojos muy abiertos.

Perdona, ¿qué era lo que acababa de decir?

¿Que ella estaba qué?

Loca por él, le recordó su subconsciente.

¿Loca por él?

Loca por él, le repitió.

—¿Cómo? —le preguntó, perpleja.

Josh volvió a reírse.

—No lo puedes negar.

—Pero tú... tú... eres un sinvergüenza, hombre.

Se levantó al tiempo que hacía aspavientos con las manos.

—Alice, no te enfades —le dijo dulcemente al tiempo que cogía una de sus manos.

—Pero, ¿cómo puedes ser tan creído?

—Era solo una broma, de verdad, no te enfades. Pero he de admitir, que me ha gustado encontrarte por aquí.

Lo miró a la cara, ya más calmada.

—He salido a correr para desestresarme, simplemente —le dijo, queriendo quitar importancia al asunto mientras se miraba una uña.

—Podrías haberme llamado y corrernos juntos.

—¿Cómo?

—¡Correr! Quería decir... correr.

Josh se tocó la nuca plagada de rizos rubios, avergonzado.

Alice sintió cómo sus mejillas ardían y dio otro trago a la botella de agua.

Aquello no hacía más que empeorar.

Josh carraspeó.

—Puedo... ¿Puedo preguntarte una cosa?

Alice dudó antes de contestar.

Aquello estaba mal, muy mal, ella lo sabía.

Pero, ¿tan malo era sentirse viva?

Josh tenía algo, una especie de magnetismo, que hacía vibrar sus terminaciones nerviosas, las cuales la llenaban de vitalidad.

¿Era normal que alguien pudiera hacerte sentir así sin ni siquiera tener una relación con esa persona?

Josh cogió una de sus manos de nuevo y Alice sintió cómo su sangre bombeaba en su interior, calentándola.

—Dime —contestó al fin.

—Me muero por... —dudó ahora él.

—¿Por qué? —preguntó ella en apenas un susurro, más cerca de él, casi jadeando.

Pero Josh no pronunció ni una palabra más, en cambio la besó.

Estampó sus labios con los de Alice y los saboreó, atrapándolos suavemente entre los suyos, sintiéndolos calientes y suaves.

Alice, por su parte, sintió un vértigo dentro de su pecho que descendía peligrosamente hacia abajo.

¿Por qué las cosas prohibidas son las que más se disfrutan haciendo?

¿Por qué deseamos lo que no tenemos?

¿Por qué no sabemos conformarnos?

¿Es correcto ser feliz a cualquier precio?

¿Merecía Edward que Alice lo traicionase besando otros labios por su desatención con ella?

En ese momento no quiso hacerse ninguna pregunta, tan solo se dejó llevar, disfrutó del momento, como también se deleitó en los labios de Josh.

10. Sorpresa, sorpresa

Días después de que se hubiesen besado, Alice seguía describiendo en su mente aquel momento como un torrente de estrellas explotando en mil haces de luz que inundaban su interior.

Aquel día llegó a su casa como si en vez de caminar, hubiese emprendido el camino hacia su vecindario flotando sobre sus pies como un ente, al tiempo que las palabras de Josh resonaban en su cabeza una y otra vez: «No dejes de llamarme».

Y no solo le llamó al llegar a casa, aprovechando que Edward comía en el trabajo, sino que empezaron a hablar mediante mensajes de WhatsApp que nunca se acababan, pues de un tema saltaban a otro.

Conociéndose, indagando el uno en la vida del otro, contándose anécdotas y momentos divertidos, incluso hablando de los momentos más grises de sus vidas.

Solamente hubo algo que no fue mencionado entre todas aquellas cosas que se hicieron saber mutuamente: el hecho de que Alice estuviera prometida con Edward

¿Por qué diantres no se lo contaba?

¿Por qué seguía con aquella mentira atenazada en su interior?

Y, lo más importante, ¿por qué seguía mintiéndose a ella misma?

Porque lo que tenía más que claro, es que desde que conoció a Josh en aquel día de lluvia, su vida había cambiado.

Si bien, cada vez estaba más confundida respecto a su boda con Edward.

Durante las dos semanas que transcurrieron a aquel apasionado beso, Alice y Josh tuvieron varios encuentros, siempre en casa de él, ya que Alice hacía todo lo posible para que no se vieran de nuevo en su casa.

La casa de Josh era acogedora, coqueta, con una decoración sutil para que

Bob, el perro de Josh, no la destrozara.

Y a Alice le encantaba.

Mucho más que la casa donde seguía viviendo con Edward, mucho más que la nueva casa a la que todavía no se habían mudado, ya que Alice le hizo saber a Edward que lo harían una vez estuvieran casados.

Y no entendía por qué seguía con aquel paripé. Ah, sí, por sus padres.

Alice seguía con aquel paripé, en contra de la sincera opinión de Pippa de que era idiota por no mirar por su felicidad en primer lugar, por no decepcionar a sus padres y por miedo a que Edward, una vez se enterase de su traición, no quisiera saber nada del hotel de los Evans.

Y no hacía más que preguntarse día tras día, qué consecuencias traería el serle infiel a Edward como lo estaba haciendo a cambio de ser un poco feliz en la vida.

A finales de aquella semana, Pippa removía con ímpetu su café, haciendo un ruidito estridente con la cucharilla que Alice no estaba dispuesta a soportar ni un minuto más.

—¡Para! —le rogó, poniendo su mano sobre la de su amiga.

Pippa la miró con el ceño fruncido.

—Es que no te entiendo, Alice.

—Si lo sé, no te cuento nada. —suspiró ella derrotada.

—No, es que yo flipo, tía, en serio —la riñó.

—Josh me gusta mucho, Pippa.

—¡Y lo entiendo perfectamente! —exclamó, recordando la foto que Alice le había enseñado de él cuando le contó que se habían besado, días atrás. — Entiendo que estés loca por él, es un dios griego... pero, Alice, ¿qué pasa con Edward? Que no es que me importe su bienestar, eh, porque nunca se ha portado contigo como debería, nunca te ha dado la atención que tú te mereces. A lo que me refiero es a que no entiendo por qué no suspendes la boda.

—Pippa, ya te he dicho que...

—Lo sé, lo sé... ¡Lo sé! —lo dijo tan fuerte que un par de señoras que estaban en la mesa de al lado se giraron a mirarlas, incluso el dueño de la cafetería lo hizo.

—¿Quieres bajar la voz?

—¿Y tú quieres poner los pies de una maldita vez en la tierra?

—¿Y qué pretendes que haga?

—Si al menos te hubiera empotrado contra una pared...

—¡Pippa!

—Es la verdad. Además, te hace falta, que sé que Edward es un sieso.

Alice se tapó la cara con las manos y la miró entre los huequecitos que dejaban sus dedos al separarlos.

—No me mires así.

—¿Y cómo quieres que te mire si estás loca? Mi vida sexual no te...

—¿Loca yo? ¡Loca tú! Tu vida sexual es una mierda desde que estás con Edward, porque llega tan cansado de trabajar, porque solo vive para eso, que es incapaz de satisfacerte aunque sea en la cama. Y lo sabes, Alice, lo sabes. Josh parece un pedazo de tío y tú sigues dudando...

—¿Cómo no hacerlo?

—Muy fácil.

Pippa la miró fijamente a los ojos, el rostro serio.

—Pensando en ti, solamente en ti. Tu felicidad es lo primero y va antes que cualquier cosa.

—Lo pensaré esta noche.

—¿Estarás sola?

—Sí, Edward...

—Ya, ya... Sé lo que sigue: Edward trabaja hasta tarde.

Cuando se tumbó en la cama después de haber cenado algo ligero, pues no tenía demasiada hambre, y haberse dado un baño relajante, sintió su teléfono móvil vibrar entre sus manos.

En ese momento se encontraba respondiendo correos electrónicos de clientas que le daban la enhorabuena por la buena calidad de su ropa interior. Alice se sentía realizada cuando tenía ese tipo de agradecimientos, y contenta por haber tomado la decisión de ser emprendedora y hacer lo que le gustaba, sin importarle la opinión de nadie, en especial de su prometido y de sus padres, quienes consideraban que ella podría permitirse perfectamente no trabajar, gracias a las ganancias del hotel de la familia Evans.

Sus ojos se iluminaron cuando el nombre de Josh apareció en la parte superior del mensaje emergente en su pantalla.

Josh: ¿Qué haces?

Alice: Responder unos cuantos mails de clientas

Josh: ¡Qué divertido!

Alice se mordió el labio inferior, sonriendo. Sabía que Josh estaba siendo irónico.

Josh: Hace una noche preciosa, ¿has salido al balcón para ver lo grande que está la Luna hoy?

Alice soltó una pequeña carcajada, definitivamente Josh tenía unas ocurrencias...

Alice: Eres un bohemio. Claro que no he salido al balcón, estoy muy a gusto en mi cama.

Josh: ¿Y qué quieres? Soy artista. Asómate.

Alice frunció levemente el ceño y se preguntó si Josh estaría hablando en serio.

¿Acaso sería posible...?

Se levantó rápidamente de la cama y, después de abrir la puerta del balcón y subir la persiana para poder salir sin agacharse, se vio en el exterior, con el cielo sobre su cabeza.

Era cierto, la Luna estaba enorme. Josh tenía razón, era una noche preciosa.

Justo cuando quería hacerle una foto a la gran luna, oyó que le chistaban desde abajo.

Con el corazón en la garganta, se asomó y entonces lo vio.

Allí estaba, con su melena rubia suelta y preciosa. Con sus ojos chispeantes de expectación por su reacción.

Josh.

Alice lo saludó con la mano como una niña pequeña y le hizo una señal para indicarle que iba a abrirle la puerta.

Una vez estuvieron cara a cara, Josh no pudo aguantar el deseo de besarla y lo hizo como si llevaran sin verse una eternidad.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba —le dijo Alice separándose de él, jadeando de alegría.

—Quería darte una sorpresa—le respondió él sonriendo.

—Pues lo has conseguido —le dijo ella dulcemente, sintiéndose dichosa.

Ninguno de los dos pensó en qué podría pasar si Edward llegaba a casa.

Josh, porque no sabía de su existencia y Alice porque deseaba tanto a aquel chico al que conoció con un chubasquero amarillo puesto, que no pensó en otra cosa que no fuera besarle y tocar cada centímetro de su piel.

Josh, impaciente, se desprendió de su camiseta, las zapatillas y los pantalones hasta quedar en ropa interior ante Alice, quien por su parte se deleitaba una y otra vez en saborear sus labios, en morder su cuello y en tocar sus brazos torneados y fuertes.

—Creo que te quiero, Alice —le susurró Josh justo antes de entrar en ella suavemente.

Alice cerró los ojos fuertemente, abandonándose al placer, para después responderle con un «Yo también».

—Eso que me has dicho... ¿Iba en serio? —le preguntó ella con los labios y las mejillas sonrojados.

Estaban entrelazados bajo las sábanas de la cama de Alice, cara a cara, todo lo juntos que podían.

—Por supuesto —le susurró él, serio. —¿Tú?

Alice le dio un casto beso en los labios, y justo cuando iba a responderle, las llaves de Edward resonaron en el silencio en el que se había sumido la casa después de haberse llenado con sus jadeos y suspiros de placer.

Josh enarcó una ceja.

—Pensaba que vivías sola.

Alice palideció.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —le preguntó él, confundido.

—Mierda, mierda, mierda...

Alice se levantó rápidamente de la cama, envolviéndose con la sábana y dejando a Josh en cueros, usando él la almohada para tapar sus partes íntimas, cosa algo ilógica cuando acababan de hacer el amor.

—¡Escóndete en el armario! —le ordenó al tiempo que cogía toda la ropa de Josh del suelo y, haciéndola un gurrño, la metía también en el armario.

—¿De qué va todo esto, Alice?

—¿Cariño? Ya he llegado —la voz de Edward taladró los oídos de ambos.

—¡Haz lo que te digo! —le dijo al tiempo que Josh corría para hacerle caso.

Alice, mientras escuchaba los pasos de Edward subir los escalones que llevaban hacia el dormitorio, se vistió todo lo rápido que pudo.

En el último momento, avistó sus braguitas en medio de la habitación.

—¡Maldita sea, mis bragas! —maldijo en voz alta.

Las cogió de un puñado y las escondió bajo la almohada.

Para cuando Edward entró en la habitación, Alice fingía alisar las sábanas de la cama.

—Hola, querida —la saludó dándole un beso en la mejilla. —¿Qué haces?

—Hola, estaba... alisando las sábanas.

Edward enarcó una ceja en un principio, pero finalmente se encogió de hombros, tan indiferente a todo como siempre.

Cuando se dio la vuelta, Alice exhaló el aire que sin querer había estado conteniendo.

—Voy a darme una ducha... tengo todos los músculos entumecidos...

Vio que se dirigía al armario.

—¡No!

Edward la miró, sorprendido, después de girarse hacia ella.

—¿Ocurre algo?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué dices eso? Anda, ve al baño que yo te llevo la ropa. ¿Vale?

Edward suspiró.

—Gracias, todo un detalle, cariño.

Josh, desde su escondite, no daba crédito a todo lo que estaba viendo.

¿Alice le había mentado? ¿Había estado ocultándole todo este tiempo que tenía pareja?

—¿Cómo llevas el vestido de la boda? —le preguntó Edward antes de marcharse al baño.

Alice lo maldijo en su interior en todos los idiomas que sabía.

—Bien, en nada estará acabado.

—Perfecto, querida.

Edward por fin se metió dentro del baño y Alice se acercó al armario, donde un confundido y dolido Josh la esperaba, oculto en aquel escondite.

—Tienes que irte —le dijo Alice con un nudo en la garganta.

—¿Qué significa todo esto, Alice? —le preguntó.

Fue entonces cuando ella se fijó en sus ojos aguados y en el tono de su voz, sonaba decepcionado.

—Te lo puedo explicar.

—¿Qué quieres explicarme? —le preguntó él, nervioso.

—Baja la voz, te lo suplico —le rogó ella con el corazón rebotando contra sus costillas.

—¿Qué vas a decirme? Me has estado mintiendo todo este tiempo. Y encima... —La nuez de Josh subió y bajó mientras sujetaba con dos de sus dedos el puente de su nariz.

Por suerte, se había puesto al menos los calzoncillos. La situación ya era demasiado patética y vergonzosa, como para encima tener que vivirla como Dios le trajo al mundo.

—Josh, te lo puedo...

—Encima vas a casarte, Alice —la interrumpió.

Se vistió todo lo rápido y silenciosamente que pudo y bajó los escalones para marcharse.

Alice lo siguió, sus ojos aguados amenazando con llorar.

—Josh.

—Esto acaba aquí, Alice. Nunca tendría que haber pasado.

—Pero...

Josh no dejó que le dijera nada más, abrió la puerta y dejó a Alice con el corazón en un puño y su labio inferior temblando en pucheros.

11. Te lo dije

—No quiero decirte esto, pero... te lo dije. —Pippa le tendió un pañuelo desechable a Alice.

El día anterior, ni siquiera podía entender cómo había aguantado sin llorar mientras le preparaba la toalla y la ropa de cama a Edward.

Se obligó a dormirse mientras su prometido cenaba algo antes de irse a la cama, aunque la voz de Josh retumbaba en sus sienes: «Esto no tendría que haber pasado».

¿Se arrepentía? ¿Se arrepentía de haberla besado, de haber hecho el amor con ella?

¿Se arrepentía de haberla conocido?

Alice se sentía como una muñeca rota a la que nunca nadie podría volver a reparar.

—Nadie, excepto Josh —le dijo Pippa cuando le contó cómo se sentía, ambas sentadas en el taller de costura de Alice en el suelo.

Aquella mañana, rato antes de que Pippa acudiera al taller, los dedos de Alice se habían cansado de llamar a Josh.

En balde, claro, porque el profesor de música no había dado señales de vida. No se había dignado a responder a las llamadas ni tampoco a los mensajes que Alice le había escrito.

—Es que ni siquiera me responde —se quejó Alice, llorando.

—¿Puedo ser sincera? —le preguntó Pippa porque, aunque se moría de ganas de decirle todo lo que pensaba a su mejor amiga, no quería hacerle daño con sus palabras.

—Lo serás de todas formas. —Alice se sorbió los mocos.

Pippa suspiró, alcanzó un recipiente de plástico vacío que antes había estado lleno de botones para usarlo como cenicero, se cruzó de piernas y, por último, se encendió un cigarrillo.

—¿Y qué esperas que haga el chico, Alice? Te dije que tenías que decírselo.

—¿Y eso cómo se hace? ¿Cómo se le dice a alguien que te gusta mucho pero que vas a casarte con otro? ¡No habría tenido nada conmigo nunca si se lo hubiera contado!

—Estás siendo egoísta, Alice.

—Creo que lo quiero, Pippa —volvió a llorar de nuevo.

Su amiga rodó los ojos hacia arriba.

—Si de verdad lo quisieras, no le hubieras hecho esto. Lo has hecho fatal, Alice.

Su amiga agachó la cabeza, pues la culpabilidad no la dejaba ni siquiera sostenerle la mirada.

—Sabes que debo casarme —le dijo ella en un susurro acongojado.

—¡Eso no es verdad! ¡Sabes tan bien como yo que eso no es verdad! ¿A qué tienes miedo, Alice?

Alice la miró a los ojos por primera vez desde que Pippa había llegado al taller.

Observó sus ojos grandes y azules, como también su cabello castaño cortado a capas caer sobre sus hombros. No pasó desapercibida para ella la determinación que se reflejaba en su mirada.

No obstante, siguió callada.

—Yo te lo diré, tienes miedo a salir de la rutina. Te has acostumbrado a estar con Edward, a sus manías, a su compañía, a su forma de ser. Te da miedo romper esa burbuja en la que te sientes dentro de tu zona de confort. Pero eso no es felicidad, amiga. No lo es.

En ese instante, aquella burbuja de la que le acababa de hablar Pippa, pareció ser pinchada por uno de los alfileres que utilizaba para coser.

Como si fuese un robot que recibía órdenes de algún microchip insertado en su cerebro, Alice se levantó con decisión y se dirigió con paso firme hacia su vestido de novia.

De nuevo retumbaron las palabras de Josh en su mente y, con fuerza, comenzó a destrozarse con sus manos el vestido que vestía el viejo maniquí que todavía tenía que renovar.

Jirones de tela blanca y raso se esparcieron por el suelo, y los «para, Alice» de Pippa le dieron exactamente igual, como también su boda en aquel momento.

Tan solo pensó en sacar la furia, la culpabilidad, la impotencia y la desazón que sentía.

12. El amor no hace daño

Josh, por su parte, solía controlar mejor las emociones.

Sin embargo, todavía estaba indagando en su interior, aquella mañana mientras paseaba con *Bob* por su vecindario, el por qué se sentía así aquella vez.

Como ya sabéis, Josh no era afortunado en el amor; por una o por otra, sus relaciones habían terminado, pero él lo aceptaba bien, puesto que había aprendido a estar en su propia compañía, a no depender de nadie sentimentalmente hablando.

No obstante, Alice lo había calado tanto, que parecía sentir dentro de su corazón una pequeña grieta de dolor por su traición.

¿Por qué le había mentido?

¿Acaso él era solamente un juego para ella? ¿Un pasatiempo del que desprenderse cuando se cansara de jugar o encontrara algo más divertido?

¿Acaso solamente había sido una marioneta entre sus manos?

No quiso decirle que aquello jamás tendría que haber pasado.

Josh no se arrepentía de haber estado con ella. Alice lo había hecho reír, lo había hecho sentirse bien, él mismo, a gusto.

Pero su mentira le había hecho daño, ella le había hecho daño omitiéndole que estaba prometida.

¡Mierda, Alice!, pensó al tiempo que pateaba una piedrecita.

El perro le miró, desconcertado.

—Procura no enamorarte, *Bob*.

Aunque en el fondo, Josh sabía que el amor no hacía daño, lo que hacía daño era el desamor.

Él se sentía bien queriendo a Alice, pero... ¿Alice realmente sentía amor verdadero por él?

13. Pez fuera del agua

—¡Estás como una puta regadera! ¿Lo sabes? —Pippa la cogió en volandas para separarla del vestido mientras Alice pataleaba e intentaba zafarse de su agarre.

—¡Suelta!

—¡Reacciona! —le pidió zarandeándola.

Alice comenzó a llorar de nuevo y se abrazó a su amiga.

—Tía, estás perdiendo la cabeza... esto no puede continuar así.

En ese momento, el sonido del timbre del taller las sorprendió y ambas se miraron.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó Pippa.

—No —le dijo Alice con la voz congestionada.

—Iré a ver.

Pero, para el desasosiego de la diseñadora, ya que en su fuero interno deseaba que fuera Josh el que había ido a buscarla para que hicieran las paces, escuchó a Pippa hablar con un repartidor de la empresa en la que había encargado hacía semanas el maniquí.

—De acuerdo, pasen por aquí. —Su amiga los instó a pasar para que pudieran dejar el maniquí en su sitio.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó uno de los trabajadores al tiempo que Alice se giraba para que no pudieran ver su cara enrojecida por el llanto y llena de churretes negros gracias a la máscara de pestañas.

—Oiga, mire, no quiero sonar borde, pero, ¿a usted para qué le pagan?

—Entendido, jefa. —El hombre terminó de colocar el maniquí, Pippa le firmó el papel que le pedía y, cuando ya se encontraban ambos trabajadores de nuevo en la puerta, añadió:

—Con Dios.

Una vez la puerta estuvo cerrada, Pippa se acercó a Alice.

—¿Estás más tranquila?

—Mi vida se está yendo al traste, Pippa.

Su amiga suspiró.

—Y no sé qué hacer.

—Mira, cielo, tienes dos opciones. Una, cástate y olvídate de Josh y de lo que ha pasado entre vosotros para siempre jamás. Dos, deja a Edward, busca a Josh y pídele disculpas, seguro que entiende tus motivos, seas cuales sean.

—Pero y mis...

—Olvídate de tus padres, Alice. Y también del hotel.

Tienes que sentar la cabeza y pensar en lo que más te conviene y necesitas.

Alice no dijo nada, solo se limitó a asentir con la cabeza para después comenzar a recoger los retales de su vestido de novia, el cual había acabado hecho pedazos.

La teoría era muy sencilla, pero...

¿Cómo se decidía algo así?

¿A cara o cruz? ¿Piedra, papel, tijera?

¿Pares o nones?

Que alguien viniese a explicárselo, porque Alice se sentía tan perdida como un pez fuera del agua.

14. Corto pero intenso

Dos semanas después, la inauguración de la sala de música y baile y el casino del hotel estaba lista para tener lugar un sábado por la tarde.

Alice había seguido llorando mientras intentaba arreglar su vestido de novia para luego desistir y confesarle a Edward que quería uno nuevo.

Edward, por supuesto, no puso objeciones para contentar a su prometida a pesar de que quedaba poco más de un mes para que se celebrase el enlace; es más, ni siquiera preguntó a qué se debía aquel cambio, si prácticamente ella misma había terminado su vestido.

Alice, en un primer momento, optó por luchar por Josh, llamándole mil veces y enviándole otros mil mensajes durante esas dos semanas en las que la agonía hacía que no parase de llorar.

Pippa solía bromear con ella diciéndole que se iba a deshidratar, pero que nadie dijera que Alice no había intentado tomar una decisión.

Se había decantado por Josh, había intentado hablar con él, pero él seguía sin dar señales de vida y... ¡Ah, la casualidad! Tampoco se cruzaron por la calle, cosa que antes no paraba de suceder.

Ante la ausencia de Josh, Alice tomó la decisión de seguir con su vida como si no hubiera pasado nada.

Pensó que el destino, ese en el que nunca creyó, la estaba castigando por su escepticismo y le estaba negando estar con el chico del chubasquero amarillo porque su camino consistía en seguir al lado de Edward.

Y eso hizo.

No obstante, el día de la inauguración de las nuevas instalaciones del hotel, dejaría marcada a Alice de por vida.

Como siempre que se trataba de un acto social relacionado con el hotel, y/o personas de clase alta con las que Alice no tenía contacto porque no quería

ni pretendía, acudió por puro compromiso, enlazado su brazo con el de Edward, mientras unos altísimos zapatos de tacón la sostenían y un precioso vestido rojo la vestía, haciéndola parecer una estrella de Hollywood.

Gente pudiente y de buenos apellidos, acudían con sus mejores galas a maravillarse con las novedosas instalaciones del hotel Evans, y siempre acababan reservando una habitación allí para pasar la noche una vez hubiese terminado la gala.

Todo muy bonito, todo con mucho protocolo. Todo demasiado hermético. Parecían robots que ni sentían ni padecían, hablando de temas que seguro se estudiaban en sus casas antes de venir; oliendo, moviendo y degustando las primeras copas.

Aburridísimo.

Y Alice tenía que ser una más, porque era la única hija y heredera de toda aquella realidad que cada vez se le antojaba más pantomima que otra cosa.

Y se aburría, se aburría plenamente.

Aprovechando que Edward se había deshecho de su brazo para ir a entablar conversación con unos clientes, Alice sacó su teléfono móvil del bolso de mano que llevaba a juego con los zapatos de tacón.

Se preguntaba fervientemente dónde diantres se encontraba Pippa, pues la había invitado para no sentirse excluida ni sola en aquel estúpido evento, ya que su prometido estaría rodeado todo el tiempo de clientes y compañeros inversores con los que hablar, su padre estaría haciendo más de lo mismo, y su madre estaría bailando el agua al son que tocara su padre.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —le preguntó, nerviosa, cuando por fin le cogió las llamadas.

—¡Lo siento! ¡Había mucho tráfico! ¿Ha empezado ya? —le mintió su amiga.

—No, todavía no. Pero no creo que tarde mucho más. Haz el favor de aparecer ya por aquí, me estoy empezando a morir del asco y todavía es pronto para poder marcharme con la excusa de un terrible dolor de cabeza.

—Ya voy, ya voy.

Alice colgó la llamada sin despedirse y, sintiéndose un poco más tranquila, paseó la mirada por todas las personas que se encontraban en el gran vestíbulo del hotel.

Casi sin quererlo, fue acercándose a la nueva sala de baile y música, la cual estaba abarrotada de personas, entre ellas su prometido y sus padres,

pues ahí había quedado con Pippa.

De repente, las luces se apagaron y solo sirvió como iluminación unos pequeños focos sobre un escenario en el que hasta el momento no había reparado, pues apenas había prestado atención a aquella nueva sala.

Acto seguido, el alto murmullo que resonaba por todo el espacio, fue disolviéndose de manera paulatina.

—¡Buenas tardes, señoras, señores!

Aquella voz sonó distorsionada por el micrófono en los oídos de Alice.

—¿Qué diantres...? —se preguntó a sí misma en voz alta.

—Tu amiga Pippa es fantástica. Mira que ocuparse ella de contratar a los músicos para la inauguración... —Su padre apareció a su lado.

—¿Contratar a los músicos?

—Oh, sí, se ofreció ella misma a hacerlo y todo por el bien del hotel y del bienestar de la familia. —Pudo ver la sonrisa de su madre entre los haces de luz de los pequeños focos que decoraban las paredes y que acababan de encender para ayudar a los del escenario con la iluminación de la estancia.

—Es para mí un verdadero honor presentar a los artistas y músicos que amenizarán la gran inauguración de esta magnífica sala de baile y música, como también el nuevo casino del emblemático hotel Evans. Un saludo desde aquí a la familia Evans y a Edward Brown.

Alice estaba anonadada con aquella situación.

Conocía a Pippa desde la secundaria y sabía de sobra que aquella muchacha estaba rematadamente loca.

—Y, ahora, sin más dilación, les presento a un artista que hace que nuestros corazones bailen al sol de las cuerdas de su más fiel compañera, su guitarra.

Alice contuvo la respiración, temiéndose lo peor.

Entre los aplausos de los invitados, Pippa desapareció tras el escenario y, en su lugar, apareció un chico con cabello rubio y rizado con un semirrecogido acabado en un moñito, acompañado de una guitarra.

—Yo la mato —susurró Alice entre dientes, atónita.

—Señoras, señores... es un placer para mí cantar ante tan distinguido público. Por todos aquellos amores imposibles que nos marcan...

Aquello no podía ser posible, Josh no podía estar subido sobre aquel escenario, cantando con una preciosa y rota voz una canción de Bon Jovi,

Always, concretamente.

Alice cerró los ojos con fuerza a escuchar el estribillo salir de su garganta.

Su voz taladró su tímpano recordándole cada momento juntos, cada conversación, cada beso y, por supuesto, aquella despedida.

¿Sentiría Josh por ella todo eso que decía la canción?

¿Desearía ser Edward y amarla cada día de su vida?

Qué equivocada estaba Alice pensando que Josh la había estado ignorando porque la no quería.

Si Josh no le había contestado a ninguno de aquellos mensajes ni había devuelto a sus llamadas, había sido para que ella pudiera ser feliz al lado de Edward. Él no era nadie para meterse por medio de una pareja que en poco tiempo contraería matrimonio.

—Gracias al cielo que estudié —comentó Edward al lado de Alice.

Ella salió de su ensimismamiento y le miró.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó, arrugando el ceño.

—No me gustaría estar en el pellejo de ese pobre chico... de escenario en escenario para ganarse la vida. No sé, Alice... siempre es mejor vivir cómodamente.

Tan cómodamente que roza el aburrimiento... pensó Alice.

—Claro —le contestó volviendo a fijar la mirada en el escenario.

Cuando terminó la canción, le siguieron un par más y después Pippa presentó al próximo cantante que divertiría a los invitados.

Alice picoteó algo rápido de los aperitivos dispuestos en el vestíbulo, bebió una copa de *champagne* y se dirigió a Edward para excusarse por un fingido y terrible dolor de cabeza.

Lo de Josh la había abrumado, necesitaba salir de allí.

Edward, con un asentimiento de cabeza, dejó de darle importancia a su prometida en cuanto un viejo amigo de la familia se acercó a ellos.

Alice se marchó del vestíbulo rodando los ojos hacia arriba, ¿de qué se sorprendía? ¡Era Edward!

No obstante, aquella noche no se encontraba bien.

Ver de nuevo a Josh había resultado para ella lo mismo que haber visto un fantasma del pasado.

Le había revuelto el estómago, despeinado los recuerdos y revolicado el corazón.

¡Con lo que le había costado mantenerlo a raya en eso de estar enamorado

de Josh!

Y ahora todo se había ido al traste...

En un principio quiso coger el ascensor para subir a la habitación del hotel en la que dormiría con Edward aquella noche, pero la cabeza le daba alguna que otra vuelta de más, por lo que al final se decidió por las escaleras.

Concentrada en subir un peldaño tras otro mientras llegaba hacia el primer piso, no se percató de quién estaba al pie de la escalera, mirando su móvil de manera distraída.

Cuando alzó la vista, Alice quiso que la tierra se la tragara.

—Josh...

—Vaya, Alice, ¿qué tal?

—Bien, bien, todo... bien —le contestó ella casi tartamudeando.

—Me alegro —le contestó él algo cortado.

—Me ha gustado mucho tu actuación —le dijo ella después de demasiados segundos en un silencio que empezaba a ser incómodo.

—Gracias. No sabía que este hotel era tuyo.

Alice enarcó una ceja.

—¿Mío? Este hotel es de mi familia, pero sabes que yo...

Alice dejó de hablar cuando Josh puso una de sus manos sobre su hombro desnudo, pues el vestido que llevaba era de tirantes.

—Sé que tú eres independiente y te dedicas al diseño de moda interior, tienes tu propia línea en tu página web y... —La miró a los ojos —, te conozco, Alice, aunque no lo parezca.

Ella tragó saliva y asintió de forma casi imperceptible.

Se hidrató los labios pasando de forma sutil la lengua sobre ellos y ese gesto no pasó desapercibido para Josh.

—Fue corto pero muy intenso, señorita Evans.

—¿Qué haces aquí, Josh?

—He venido a actuar.

—Sabías que este hotel pertenecía a mi familia y has venido.

—Sí.

Alice ladeó la cabeza, confundida.

—Pero sabías que ibas a verme.

—Sí. Tu amiga Pippa puede ser muy insistente —sonrió de forma ladeada.

—Y aun así, has venido.

—¿Dónde quieres llegar, Alice?

—¿Por qué has venido, Josh?

—¿Hace falta que te lo explique?

—Pues...

Josh la acercó hacia sí de un solo movimiento y la besó como la última vez que lo hicieron.

Con pasión, deseo, anhelo y, esta vez, también desesperación, pues habían estado días sin hablarse y sin poder tocarse ni estar juntos.

—Vamos a mi habitación—le pidió él.

Como si la voz de Josh se tratase de un canto de sirena, Alice asintió sin mediar palabra y le siguió hacia el ala del hotel donde se encontraban las habitaciones destinadas a todos los artistas, justo en el primer piso, donde ellos se encontraban.

¿Que Josh pasase al igual que Alice la noche en el hotel también habría sido cosa de Pippa?

Alice no sabía qué se había traído entre manos su amiga, cuál era el plan que había trazado pero, hasta el momento, todo estaba saliendo a la perfección.

15. Déjame demostrártelo

Llegaron prácticamente a trompicones a la habitación donde se hospedaba Josh aquella noche.

—Dame un segundo —le pidió Josh a Alice al tiempo que sacaba del bolsillo trasero de sus *jeans* azules la tarjeta que servía como llave de la habitación.

La metió en la ranura que hacía de cerradura y, una vez dentro, pudo asir el picaporte y abrir la puerta.

—Demasiado moderno, todo esto... —comentó Josh mientras se adentraban en la habitación.

—Bésame y deja de comentar todo —le pidió Alice atrayéndolo hacia así con desesperación.

Josh, por supuesto, no iba a discutirle aquella orden por nada del mundo.

Solo él sabía lo mal que lo había estado pasando las dos semanas anteriores, cuando tomó la decisión de no inmiscuirse en el «casi» matrimonio de Alice.

Pero ya no podía engañarse por más tiempo.

Aquel precioso vestido de lujo de color rojo con el que Alice se vistió sin ganas y el mismo que le hizo fantasear a Josh desde que la vio con él, cayó al suelo poco rato después.

Solo entonces pudo el guitarrista deleitarse de nuevo con el roce de sus dedos en la suave piel de Alice.

Acarició sus hombros mientras la besaba y deslizó los tirantes de su sujetador hasta que ella misma acabó quitándoselo.

Acto seguido, se desprendió de toda su ropa excepto los calzoncillos, de los cuales Alice se ocupó un poco más tarde.

Cuánto le había echado de menos, no sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos. ¿No suelen decir eso?

Pues así exactamente se sintió Alice cuando Josh la besó en aquella

escalera.

Y minutos después, mientras lo sentía dentro de ella, mientras pensaba que no podían estar más juntos de lo que ya estaban, supo que lo quería de forma verdadera.

Josh entraba y salía de ella mientras Alice acariciaba su cabello, en ese momento suelto, el cual le caía sobre la cara.

—Esto no está bien, Alice —le susurró entre jadeos.

—Lo sé, pero no lo quiero pensar —le confesó ella.

Segundos después, ambos se deshicieron en gemidos al tiempo que se besaban cuando llegaron al clímax.

Josh se apartó a un lado y Alice dejó de sentir la presión que ejercía su musculoso cuerpo sobre ella.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Josh a una somnolienta Alice.

Ella lo miró, la incertidumbre reflejada en sus ojos.

—Tengo que hacerlo —le susurró ella de forma casi inaudible. Bajó la mirada.

Josh tragó saliva y sintió la nuez subir y bajar en su garganta.

¿Iba a perderla de nuevo?

—¿Estás segura?

Ella levantó la vista hacia él otra vez y le mantuvo la mirada.

—¿Y tú?

—¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

—Te estuve llamando, Josh. Durante dos semanas intenté contactar contigo, explicarte todo. Y tú parecías haber sido engullido por la tierra. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Acaso no entiendes por qué lo hice?

—No, no lo entiendo. Si me quieres, no...

Josh se acercó más a ella.

—Precisamente por eso, Alice.

Ella enarcó un tanto las cejas, sin terminar de comprender por completo las palabras de Josh.

—¿Cómo?

—¿Cuánto falta para la boda?

—Menos de un mes.

Josh se quedó callado unos segundos.

—¿Qué pasa?

—Si lo tienes claro, solo voy a pedirte una cosa.

Ella asintió, dándole pie a que continuara hablando.

—Déjame disfrutarte hasta entonces, Alice. Déjame aprovechar esos últimos días. Precisamente porque te quiero, lo hago como nunca quise a nadie, desaparecí esas dos semanas en las que tú estuviste intentando ponerte en contacto conmigo.

Alice tragó saliva.

—¿Y qué es lo que ha cambiado para que vengas aquí y actúes sabiendo que el hotel es de mi familia, sabiendo que podías verme?

Josh suspiró.

—Que tu amiga Pippa me ha hecho entender todo lo que te acabo de decir cuando me llamó. Eso y que no puedo olvidarme de ti, Alice. Y no voy a negarte que lo intenté mil veces cuando me enteré de que estabas prometida.

—¿Que Pippa te llamó?

—Sí.

—Pero...

—Tu amiga se preocupa por ti, Alice. Más de lo que crees. Y sabe lo que es mejor para ti y lo que te mereces.

—¿Estás diciendo con eso que tú eres mejor que Edward?

Josh la miró, apretó los labios un segundo y después le dijo:

—Me has dicho que tengo hasta la boda, ¿No? Déjame demostrártelo.

16. Está fuera

Los días posteriores a aquel encuentro, y anteriores al gran día en el que Alice daría el sí quiero a Edward en el altar, fueron caóticos.

El hotel iba viento en popa, pero los nervios por aquella boda se habían instalado en la familia Evans y, por supuesto en Edward Brown, el novio.

Por no hablar de Alice, quien iba de aquí para allá junto a Pippa y su madre ultimando los últimos detalles, probándose una y otra vez el nuevo vestido, el cual habían tenido que escoger y hacer a medida a toda prisa, —suerte que el apellido Evans movía montañas—, y también teniendo una doble vida junto a Josh cada día.

Josh, por su parte, exprimía cada minuto al lado de Alice. Preparaba planes estupendos en los que disfrutar en su compañía, la hacía reír, la llevaba a hacer carreras en bici, hacer footing, a cualquier pizzería que estuviera de moda y que hablaran bien de ella, —eso sí, siempre con ingredientes vegetales—, a tomar cerveza y nachos, incluso hubo una vez que lo acompañó mientras daba clases en el conservatorio.

Y todo aquello le hacía vibrar a Alice el corazón, sintiéndose cada día más tentada a falla a su deber como hija y con el hotel Evans.

Estaba completamente enamorada de Josh, pero sabía cuál era su deber. Le daba pánico que Edward pudiese desbaratar todo lo que había hecho por el hotel y la ayuda que le había brindado a su padre.

Haría de tripas corazón, aunque le partiera el alma renunciar a Josh.

Llegó el gran día y Alice se terminaba de vestir en el taller de costura acompañada de Pippa y su madre.

—¿Tú sabes lo guapa que estás? —le preguntó Pippa.

Alice la miró, su amiga sonreía y ella no podía hacer más que fingir alegría.

—Alice, cielo, alegre esa cara. Edward no querrá verte triste —le dijo su

madre mientras le recolocaba el velo.

Alice se contempló en el espejo de pie que habían colocado en medio del taller.

Observó aquel precioso traje de novia blanco roto con pedrería y escote de barco, el cual se dividía en dos partes, corpiño y falda.

Observó su recogido perfecto y su maquillaje sutil que le hacía tener cara de muñeca de porcelana.

—Faltan los labios —añadió Pippa.

La familia Evans quiso contratar un equipo de peluquería y maquillaje para Alice, pero esta se negó, pues quería que el peinado se lo hicieran en su peluquería de confianza y que del maquillaje se encargase Pippa, ya que tenía mucha maña para ello.

—Date prisa o no llegaremos a tiempo, querida —la apremió su madre.

Como siempre, los segundos previos a posar el pintalabios sobre el labio, la mano de Pippa tembló.

—Júntalos y da un beso al aire —le pidió su amiga.

Alice hizo lo propio.

—Así practicas para el gran momento —le dijo su madre con picardía.

Alice puso los ojos en blanco.

—¿Te encuentras bien, querida?

Alice llevaba unos cuantos minutos mareada, pero no había querido decir nada, ni siquiera ella se había preocupado. Sabía que era cosa de los nervios.

—Sí, mamá, es solo un mareo de nada. Son los nervios...

Pippa arrugó el ceño.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó.

—¿Qué preguntas son esas, Pippa? ¡Por supuesto que está segura de esto! ¡Se trata de Edward! —exclamó su madre.

Pippa y Alice se miraron y la primera asintió con la cabeza.

Alice supo lo que quería decir con aquella mirada.

Al día siguiente de la inauguración de la sala de baile y el casino del hotel, Alice habló con Pippa acerca de haber contratado a Josh para cantar y Pippa le explicó que, con lo despistada que era Alice con su móvil, no le costó en absoluto coger el número de teléfono de Josh.

La inauguración le pareció una ocasión perfecta para que Alice y Josh volvieran a encontrarse. Si para que su plan se llevase a cabo, tenía que pasar una vergüenza de muerte subiéndose al escenario para presentar aquella gala

de cantantes y artistas para amenizar aquello, lo haría.

Quería mucho a Alice y se preocupaba por su felicidad, y no pararía hasta que la diseñadora se diese cuenta de que Josh era un diamante en bruto que ella, a base de amor, tenía que explotar.

Pippa le aguantó la mirada, ya le había dejado claro que si tenía dudas, no lo hiciera, que no aceptase contraer matrimonio con Edward.

Su amiga le devolvió el asentimiento y Pippa reprimió una sonrisa.

Le gustaba aquella complicidad.

—Apurémonos, es la hora.

La madre de Alice encabezó la comitiva que formaban las tres mujeres y, tras salir del taller, subieron a una limusina blanca, detalle de Joe Evans, que las llevaría hasta la Iglesia.

—¿Puede el chófer bajar un poco la ventanilla? —preguntó Alice en un susurro.

—¿Estás bien? —le preguntó Pippa.

—Creo que voy a echar hasta mi primera papilla —le confesó, pálida.

—Ay... ¡Los nervios! —exclamó la madre de Alice. —Dese prisa en llegar a la Iglesia, haga el favor. —Volvió a mirar a Alice y añadió: —Tranquila, nena, en darle el sí quiero a Edward se te pasará todo. A mí con tu padre también me pasó, claro que...

Pero Alice desconectó de aquella verborrea que estaba soltando su madre y recordó los últimos días con Josh.

«Estaré esperándote por si cambias de opinión», le dijo la última vez que se vieron, justo el día anterior.

¿De verdad estaría por allí cerca, mezclado entre todos los invitados, alrededor de la Iglesia?

Alice lo creía capaz. Sí, lo creía capaz de eso y de mucho más.

Con una sutil brisa que entraba por la ventanilla golpeándole en la cara, consiguió relajarse mientras se recreaba en aquellos últimos momentos junto a Josh.

En aquellas últimas palabras que la dejaron sin aliento:

—Yo sé estar solo, Alice. No es que no sufra cuando rompo con alguien o alguien rompe conmigo, solo que lo respeto porque he aprendido a estar conmigo mismo y no depender de nadie. Eso no significa que no sepa querer. A ti te quiero y, precisamente porque te quiero bien, quiero que elijas, quiero darte la oportunidad de poder elegir lo que quieres en tu vida. Si al final

decides echarte atrás y no casarte, yo te estaré esperando, porque me gustaría empezar una nueva vida a tu lado, junto a ti. Pero si decides casarte, será tu decisión y yo la acataré. Te quiero, Alice. No lo olvides nunca.

Cuando quiso darse cuenta, la limusina había llegado a las puertas de la Iglesia y se vio bajando de ella cogida a la mano de su padre, quien la acompañaría al altar.

Confundida, observó su alrededor buscando una cabeza con rizos rubios, la cabeza de Josh, entre la multitud de invitados que había acudido a su boda.

La gente, al ver que la novia había llegado, se fue dispersando; unos apartándose para que pasara y poniéndose cerca de las puertas de la Iglesia, y otros entrando en ella para poder disfrutar de la ceremonia.

Con el brazo enhebrado al de Joe, Alice caminó hacia el altar mientras una melodía tocada con un arpa en directo, resonaba por toda la estancia.

Allí estaba Edward, mirándola, radiante, sonriendo. El traje de marca de color azul marino le sentaba como un guante.

Flores blancas y violetas, adornos con cintas y lazos.

Alice sentía las miradas de los invitados sobre ella mientras seguía avanzando.

Tres pasos más y estaría al lado de Edward.

Joe se desembarazó de su brazo y después de coger delicadamente su mano se la tendió a su futuro esposo.

Edward la besó y ambos miraron hacia el frente, donde el cura que se encargaba de officiar la misa, comenzó a hablar.

—Sí quiero —respondió Edward tras aquella pregunta que taladró los tímpanos de Alice.

—¿Y tú, Alice? ¿Aceptas a Edward Brown como tu futuro esposo?

Dijo algo más sobre la salud, la enfermedad, la prosperidad y la pobreza y algo así como hasta que la muerte los separara, pero Alice sentía la cabeza embotada, los oídos pitando de manera extraña y la respiración agitada.

Miró a Edward, quien la interrogó con la mirada y después al cura. Repitió aquello unas cuantas veces.

—Lo siento... no puedo hacerlo —susurró.

—¿Cómo? —preguntó Edward, atónito.

—Lo siento mucho, Edward —le dijo Alice, con congoja.

—Pero... ¿El banquete? ¿La ceremonia? ¿El vestido? —Edward parecía no saber articular las preguntas correctas debido a la sorpresa. —¿Qué dirá la gente, Alice?

—¿Qué diantres te importa la gente? ¿Y el banquete? ¡Pero si no viniste conmigo!

—No montes un espectáculo, por Dios te lo pido... —le dijo Edward, serio.

—No metamos en esto a Dios, hijo...—añadió el cura carraspeando.

—¿Qué espectáculo? Solo digo que... —Alice suspiró, cogió aire y siguió: —Solo digo que no voy a casarme contigo, Edward.

Edward soltó una risa nerviosa que intentaba disimular de forma patética su histeria.

—Discúlpenla... los nervios, que... —se dirigió a los invitados, quienes murmuraban sin pudor unos con otros desde la negativa de Alice.

—¡Vete, Alice! —La voz de Pippa resonó en las paredes de la estancia e hizo eco.

—No me dejes en ridículo como haces siempre, Alice —le pidió entre dientes.

—En ridículo te dejas tú solo, Edward.

Acto seguido, bajó la falda de su vestido, dejando a la vista sus medias de liga blancas y sus zapatos de tacón y se quedó solamente con el corpiño de pedrería puesto.

Se la tendió a Edward y desenganchó el velo de su moño.

—Cierra la boca Edward, van a entrarte moscas.

Ante la atenta mirada de los invitados, un Edward avergonzado y escarmentado y unos padres de Alice anonadados, la diseñadora salió de la Iglesia a paso ligero y Pippa le guiñó un ojo cuando la miró al pasar por su lado, como también vocalizó con sus labios la frase: «Está fuera».

17. ¿Nos vamos?

Así que era verdad, allí estaba Josh, apoyado en un coche, con una gorra puesta al revés sobre sus rizos rubios, con unos *jeans* pesqueros de color azul y una camiseta de tirantes negra que le quedaba algo ancha.

Ahí estaba el profesor de música que utilizaba un chubasquero amarillo cuando llovía y lo llevaba sin capucha, porque le gustaba mojarse el pelo con agua de lluvia.

Ahí estaba el chico que adoraba a su perro *Bob* por encima de muchas cosas y que daba clases en un conservatorio.

Ahí estaba quien había conseguido enamorar a Alice Evans hasta las trancas, le había hecho olvidar su «deber» para con su familia, ese que siempre se empeñaba en cumplir, pero que de no hacerlo el mundo no se caería abajo, y le había hecho abandonar a su futuro esposo frente al altar el día de su boda.

Josh, pensativo y prácticamente sin un ápice de esperanza en su interior, levantó la vista hacia las puertas de la Iglesia.

Fue entonces cuando la vio. Estaba preciosa, radiante, rebosaba nerviosismo y energía y ¿Eran cosas tuyas o iba en bragas?

Se acercó corriendo a ella.

—¿Alice?

—Josh —le contestó ella ruborizada.

—Alice, ¿qué has...? ¿Por qué...?

Ella soltó una carcajada y le besó. Le besó a sabiendas de que los invitados que se habían quedado fuera los estaban mirando y murmuraban a su alrededor y, cómo no, a pesar de no llevar falda.

—¿Y tu falda?

—Se la he dado a Edward. —Se encogió de hombros. —¿Nos vamos?

Josh agarró con fuerza y ternura la mano que Alice le ofrecía.

No podía creerse lo que estaba pasando, no podía creerse que hubiera conquistado a Alice por encima del poder de Edward, por encima de su responsabilidad como hija de Joe Evans, propietario de aquel emblemático hotel, por encima del dinero de la familia Evans, por encima de cualquier cosa.

Amaba a aquella chica sencilla que solo quería diseñar su línea de ropa, que era preciosa, independiente, que le hacía vibrar como nadie había conseguido, que le rompió el corazón cuando le mintió, pero sin la que no podría vivir por mucho que supiera estar solo porque, siempre, un trocito de su corazón llevaría escrito el nombre de Alice Evans.

EPILOGO

3 meses después

—Todavía no me creo todo lo que nos ha pasado en tan poco tiempo — comentó Alice al tiempo que ponía las piernas sobre el regazo de Josh.

—Es que estás muy loca, Alice, lo digo en serio. ¡Te escapaste de tu propia boda en bragas!

Josh soltó una carcajada.

Alice le pegó una patada cariñosa en el hombro.

—Que llevaba medias —le repitió de nuevo, ya había perdido la cuenta de todas las veces que se lo había dicho.

—Pero se te veían las bragas —se carcajeó de nuevo Josh.

—Bueno, ¿y qué?

—No, nada, no tengo nada en contra de la exhibición de novias desnudas.

Alice puso los ojos en blanco, pero al tiempo se puso rígida.

—¿Qué pasa? —se preocupó Josh.

Bob, quien descansaba en el suelo, pegado al sofá en el que estaban sus amos descansando, también se puso alerta, levantando una oreja y mirándolos fijamente.

—He notado algo —le informó Alice palpándose la barriga.

—A ver —quiso también tocar Josh.

—¡Es demasiado pronto, creo que todavía tú no lo podrás notar! —se carcajeó ella.

Él hizo una pequeña mueca.

—Si es que no tuvimos cuidado, Alice. Somos un desastre, ¿lo sabes?

—Bueno, yo soy feliz. ¿Tú no?

—Por supuesto que sí.

—Entonces eso es lo que vale. Además, ¿cómo no vamos a ser felices si tenemos todo lo que deseamos?

Josh le sonrió, instándole a que continuara hablando.

—A ti te gusta la música y te dedicas a ella, mi página web va viento en popa y en pocos meses seremos papás.

—Tienes razón. Hay gente que no es tan dichosa como nosotros, aunque también hemos sufrido lo nuestro.

—¿Te refieres a Edward?

—Por ejemplo.

—Edward no valoró lo que tenía.

—¿Sigues pensando en él?

—Dejé de pensar en él en cuanto te conocí, Josh. Si accedí a seguir con todo lo de la boda era por el hotel, aunque ahora me he dado cuenta de que Pippa tenía razón. Buscar la felicidad da un poco de miedo, pero una vez que te atreves y la sientes en la palma de la mano, todo fluye y no te arrepientes.

—¿Qué habrá sido de él? Tus padres dijeron que desapareció el día de la boda.

—Sí. Se ha mudado a otro condado, después de vender la casa que ni siquiera llegamos a estrenar. Por no hacer, ni siquiera empaqueté las cosas. Supongo que en el fondo sabía que no iba a casarme. Por supuesto, seguirá codo con codo junto a mi padre en el hotel, pero supongo que no quiere aparecer por aquí.

Josh suspiró.

—Me alegro de tenerte conmigo, Alice. De teneros. —le acarició la barriga.

—¿No vas a pedirme que me case contigo?

—¿Y que te escapes de nuevo de una Iglesia? No, gracias.

Y ambos rieron ante la ocurrencia de Josh.

Y así, como en el caso de Alice y Josh, la vida puede cambiar en apenas un segundo, como cuando te chocas con un chico que lleva puesto un chubasquero amarillo un día de lluvia cualquiera.

